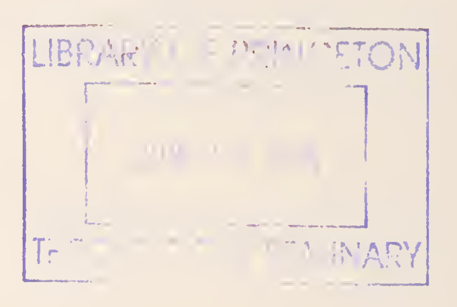

LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY



# Solidaridad

5



Febrero 1944

BUENOS AIRES

*HASTA ayer guardábamos relaciones amistosas con todos los pueblos. Con indisimulado dolor nuestra Patria vióse precisada a romper relaciones con Alemania y Japón, porque a ello la forzaron actividades súbdolas y multiformes de espionaje. que menoscababan la soberanía nacional, comprometían la política exterior del gobierno y atentaban contra la seguridad del continente, según palabras del Decreto de ruptura.*

*Esa actividad delictuosa se imputó a los gobiernos de Alemania y Japón. No fué, por consiguiente, obra de agentes desconectados que actuaran sin comprometer a las naciones del Eje. Hubo connivencia, y ello forzó a la ruptura de relaciones. Así lo aseguran los Considerandos del Decreto.*

*No nos corresponde a nosotros los particulares analizar esta severa medida de política internacional que hallará profundas repercusiones y que imprimirá un rumbo nuevo a nuestra historia. Las razones que motivaron el temperamento seguido por el gobierno fueron sin duda gravísimas y no trascendieron todavía al público.*

*Estamos seguros, eso sí, que el Poder Ejecutivo ha procedido por determinaciones autónomas y que en ninuna manera se ha sometido a imperialismos foráneos. Y ello nos enorgullece hoy tanto como ayer nos enorgullecía nuestra política de neutralidad.*

*La extrema medida obliga a los argentinos simpatizantes con los países aliados a guardar una actitud de sosiego, de tranquilidad y de respeto hacia los extranjeros de los países caídos en desgracia.*

*A su vez, cuantos se hallen en disidencia ideológica con la actitud asumida por nuestro gobierno y con la orientación que él imprime ahora a la política internacional, deben comprender que en esta hora no corresponde a los individuos aislados discutir las causales y fundamentos de la grave medida adoptada.*

*Ese juicio lo hará la historia. No sabemos cuánto tiempo es preciso dejar correr para que se inicie el juicio histórico. No sabemos cuándo nace la historia. Pero es muy cierto que en nuestros tiempos de vida precipitada y voraginosa ese juicio se pronunciará definitivo y terminante muy en breve. Esto lo saben perfectamente quienes guían al país, los cuales no han trepidado en asumir responsabilidades y en enfrentarse a los acontecimientos.*

*Los intereses de la patria reclaman imperiosamente a los argentinos que acallen discrepancias individuales y presten solidaria aquiescencia al Poder Ejecutivo de la Nación. Aquiescencia fácil de prestar desde que nos consta palmariamente la integridad moral de nuestros mandatarios, y desde que su acción gubernamental ha sido hasta ahora profundamente beneficiosa a los intereses de la Patria.*

*Sabemos además que velan con orgullo de soldados por la soberanía de nuestra Nación. Y estamos convencidos que no obedecen en sus decisiones a imperativos extranjeros. Han debido quizá muchos de ellos, antes de firmar el Decreto de ruptura, sobreponerse a su particular afecto y ahogar discrepancias ideológicas.*

*Si los argentinos en esta hora no se muestran capaces de aunar pareceres y de mantenerse en el puesto que la Patria les asigna, antes al contrario provocan disidios y contagian descontento, la Argentina corre al borde del caos y se arroja en brazos del comunismo o regresa otra vez a la politiquería, que por intereses egoístas acostumbra vender la patria y convertir en pingües feudos familiares las reparticiones y ministerios del Estado.*

*Será precisa abnegación y se deberán ahogar en silencio pareceres encontrados, si se quiere que el país perpetúe su estado de armonía interior, de paz y de prosperidad. He aquí el imperativo de esta hora.*

••

*El sísmico suceso sanjuanino, pese al dolor que ha provocado en todos los espíritus, se proyectará en nuestra historia vinculado a una cruzada de espiritual solidaridad.*

*Nunca en la Argentina se pronunció tantas veces esta palabra y nunca se vivió más su contenido. El dolor apretó en sí a la República como si constituyera no un organismo moral sino un organismo físico, vivo y herido. El dolor nos trajo una piadosa caricia de los países de América y de Europa. El dolor nos hizo más presentes en el corazón y en la plegaria de Su Santidad Pío XII.*

*Hemos sentido orgullo de ser argentinos al contemplar las caravanas de subsidios que afluían desde todos los horizontes con perfecto orden e inteligencia hacia la ciudad zarandeada. La caridad ha redimido a la Nación de sus culpas, porque según la expresión bíblica, el socorro y la ayuda prestada al hermano expían la multitud de los pecados. Todo el país parece sentir esa satisfacción incomparable que produce en los espíritus el estado de gracia y de amistad con Dios.*

*No olvidemos que si nosotros hemos dado prontamente y a manos llenas nuestra ayuda y nuestro dinero a las víctimas del estremecimiento, ellas en cambio nos han brindado, a precio de gran dolor, el gozo incomparable de aquella novena beatitud que dijeron los labios de Jesucristo: Goza más el que da que el que recibe.* - Beatius est magis dare quam accipere.

Enrique Benítez de Aldama

# Solidaridad

REVISTA MENSUAL
Aparece el 1.er miércoles de cada mes

Calle SARMIENTO 412 - Piso 1 º
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires

DIRECTOR:
Doctor Enrique Benitez de Aldama



*"Los movimientos sísmicos ofrecen menor peligro que la brutal impiedad y que la corrupción contemporánea".*

EMILIO LAMARCA

Año I — Febrero de 1944 — N.º 5

# Después de sesenta años la escuela argentina despierta del marasmo laicista
## (1884 - 1944)

**Tal como un país es, así se hace su dios. Por ello ha sido el Dios verdadero tantas veces ludibrio.**

### I.—Antecedentes jurídicos y tradicionales de la nueva ley

El primero de enero toda la prensa sorprendió gratamente al país con el Decreto de enseñanza de la Religión Católica en las escuelas primarias, secundarias y especiales. Este sensacional acontecimiento no puede ser preterido en silencio en una revista de ideas como SOLIDARIDAD. Por ello cumplimos el deber de dedicarle estas reflexiones.

Los Considerandos del Decreto arguyen su legalidad desde un punto de vista que podría llamarse jurídico. Declaran que la ley de enseñanza religiosa es conforme al espíritu de la Constitución Argentina. En tanto que la ley 1420, de enseñanza laica, sancionada en 1884, y plagiada en gran parte, a nuestro parecer, pese a lo que sugiere en contra la nueva ley, de la francesa de Paul Bert, fué, en justa expresión de Estrada: "ingerto bastardo con el que se corrompió la Constitución arrebatándole al pueblo, junto con la fe, los vínculos sociales que unían solidariamente a los ciudadanos entre sí".

> En el orden jurídico *la ley laica de 1884 fué ingerto espurio, que corrompió la Constitución y se opuso a nuestras tradiciones esencialmente católicas.*
>
> En el orden filosófico *fué producto del cientificismo materialista, y del liberalismo antropocentrista, ahora en crisis.*
>
> En el orden social *atentó contra la austeridad tradicional católica en el goce de la vida y socavó la unidad de la Nación, trocándola en fácil presa de ambiciones imperialistas extranjeras.*
>
> En el orden religioso *logró que en gran parte del pueblo el culto al Dios verdadero fuera suplantado por un fetichismo degradante.*

Los Considerandos del actual Decreto de enseñanza religiosa evidencian la bastardía de la legislación atea. Porque fueron católicas todas las Constituciones con que, desde el amanecer, fué la patria normalizando su existencia hasta alcanzar estado de madurez. En prueba de esta aserción el Decreto resume los siguientes párrafos del discurso de Goyena, pronunciado en la sesión de la Cámara de 6 de julio de 1883:

"Desde que apareció la Nación Argentina con los rasgos de una sociedad autónoma e independiente entre los diversos estados del mundo, su legislación tuvo ya carácter católico. El Estatuto provisional de 1815 declara que la religión católica, apos-

tólica, romana es religión del estado. El Reglamento del año 1817 consigna igual declaración. La Constitución de 1819 la reproduce. Reprodúcela en iguales términos la Constitución de 1826. En 1853, después de largas luchas políticas, después del predominio alternativo de los diversos partidos, la opinión del país manifestada por los constituyentes declara que el Gobierno Federal sostiene el culto católico, apostólico, romano.

Y no se diga que entonces se abandonó la tradición y que se prescindió del concepto religioso de los dogmas y doctrinas del catolicismo. Porque sostener el culto católico, apostólico, romano según la acepción correcta de las palabras y de las cláusulas de la Constitución concordantes con la declaración citada, no es meramente, como se ha pretendido, entregar a la Iglesia una suma más o menos reducida de dinero para costear lo externo y material del culto. ¡No! En virtud de las disposiciones constitucionales el Congreso vota fondos no sólo para atender esa parte material del culto, sino para la enseñanza de la doctrina católica a los jóvenes que han de formar el clero; para las visitas de los obispos a sus diócesis; para las misiones a los indios; es decir, para objetos del orden espiritual, que la Constitución Argentina y el Congreso que legisla de acuerdo con ella, han considerado elementos necesarios del bienestar y de la moralidad de la Nación".

Por lo tanto con lógica transparencia han podido argüir de esta suerte los fundamentos jurídicos de la nueva ley. Si la legislación de enseñanza común, que sancionó el laicismo en 1884, hubiera sido inspirada por propósitos anticatólicos de descristianizar al pueblo y de arrancar a Dios del corazón del niño, dicha ley sería anticonstitucional. Y como tal obligaría a los ciudadanos a no cumplirla y a los Gobiernos a no mantenerla.

Creemos, sin embargo, que quienes fraguaron aquella desgraciada legislación no pretendieron condenar a las masas al ateísmo. Los oradores laicistas, en las declamatorias jornadas de 1883 —recuérdese a O. Leguizamón, a Emilio Civit, diputados respectivamente por Entre Ríos y Mendoza, a Delfín Gallo, brillante parlamentarista, y al mismo Ministro Eduardo Wilde, gárgola máximo del laicismo— reiteraron repetidas veces su profesión de fe religiosa y aseguraron que no pretendían, al estatuir la ley laica, descristianizar ni la familia ni la patria.

Como hemos de decirlo luego, los legisladores de entonces concebían al laicismo como una secuela de la libertad de cultos, predicada por nuestra Constitución, y como un imperativo de la libertad de conciencia, del progreso de las ciencias, y del racionalismo imperante. No debemos olvidar que el liberalismo tocaba entonces, en la segunda mitad del XIX, su cenit, y que como satélites danzaban en su derredor los grandes dogmas del individualismo liberal, del progreso indefinido, del esplendor alusinante de la mecánica. Frases estas que se pronunciaban en los parlamentos con místico embelezo y ahuecando la voz.

Creo sinceramente que los legisladores laicos y gran parte de cuantos condenaron el país a la inmoralidad atea, no fueron perversos ni pretendieron lesionar la Constitución. Es obvio, así mismo, que la ley laica argentina se distancia no poco de la francesa, mostrándose inspirada a ratos en la ley norteamericana. Basta recorrer los discursos de Goyena, de Alvear, de Achával Rodríguez, para advertir el conocimiento que aquellos hombres poseían de la legislación norteamericana.

Ella impresionó también el ánimo de Sarmiento, de suerte que su decantado laicismo no tendió nada más que a evitar en las escuelas conflictos religiosos que pudieran ahuyentar de ellas a los niños cuyos padres profesaran otros cultos.

La religiosidad de la escuela norteamericana inspiró a Sarmiento la versión de los libros: *Conciencia de un niño* y *La Vida de Jesucristo*, libros que se empeñó por difundir en las escuelas argentinas. Y si se opuso a Avellaneda y a los escritores católicos fué, como él mismo aseguraba, porque creía que la enseñanza religiosa obstaculizaría la inmigración y la libertad de cultos y arrojaría al país a peligrosos debates religiosos.

Pero, "en ningún momento —escribe Alberto Palcos, cuyo ideario laico no nos permite sospechar un empeño por redimir a Sarmiento de irreligiosidad— preconizó Sarmiento la escuela atea, sino la escuela

laica o neutral, lo cual no es lo mismo, aunque se alegue que tanto monta una como otra. La escuela atea combate a todas las religiones. La escuela laica las respeta y coloca sobre un pie de rigorosa igualdad".

El laicismo argentino pretendió ser sin dogmas, del tipo norteamericano; y no precisamente sin Dios, al modo francés. Es decir, procuróse una escuela religiosa y no materialista ni atea. En la práctica, sin embargo, la ley argentina rodeó al niño de total ateísmo.

La legislación norteamericana, contemplando la diversidad de creencias protestantes que distanciaban a los hogares estadounidenses, excluía de la enseñanza tan sólo aquellos dogmas que pudieran favorecer a determinada confesión o secta protestante. Pero imperaba respeto a Dios y acatamiento a su ley. Porque el alma humana no alcanzará jamás las cimas de su perfeccionamiento si se la condena a la miseria del ateísmo. La ley norteamericana sancionaba la costumbre tradicional de iniciar las clases con la oración del Padrenúestro, plegaria rebozante de solidaridad humana y suficiente sola ella para inspirar amor a Jesucristo; y prescribía además la lectura de los Libros Sagrados.

Los legisladores de la ley 1420 no fueron ateizantes teóricos. Pero fueron ateizantes prácticos. Y, como tales, atentaron no sólo contra el espíritu de nuestra Carta Magna, sino contra la misma libertad de cultos que ella proclama. Pues es demasiado obvio que el ateísmo, al atacar toda religión en su raíz, torna prácticamente absurda e imposible la libertad de cultos.

Redunda notar que en nuestro país el laicismo adogmático de la legislación norteamericana carecía de objeto. Porque en la Argentina, ni antes ni ahora, la prédica protestante, sostenida por el dóllar yanqui, ha obtenido éxitos ningunos proselitistas, ni se halla el país fraccionado en sectas. En la Argentina, según lo han declarado los últimos censos, la mayoría de las familias se define católica. Y lo es, si no en la práctica por lo menos en las ideas substanciales. "Hay innumerables hombres y mujeres alejados de los sacramentos, que hablan mal de los sacerdotes, y que quizás en todo el año no rezan un Padrenuestro. ¿Qué son? ¿Indiferentes, arreligiosos, ateos, sin creencia positiva? De ninguna manera. La brasa de la religión queda ardiendo bajo la ceniza acumulada. La fe está dormida en ellos, pero no muerta. Y cuando llega una oportunidad de manifestarse, de revelar qué hay en el fondo del ser, y qué anida en la secreta intimidad del alma, brota la respuesta espontánea, no requerida, no impuesta, libérrima: soy católico.

En manera alguna debe sorprendernos el hecho de que en la Provincia de Buenos Aires, cuando se averiguó no ha muchos años si los padres de familia querían para sus hijos instrucción religiosa en las escuelas, el 96 por ciento se pronunció afirmativamente" (Mons. Franceschi).

Pío XI, en la Encíclica sobre *La educación cristiana de la juventud*, después de mencionar cómo la Iglesia ha tutelado siempre los derechos de la familia dice: "desde los primeros tiempos del cristianismo hasta nuestros días, los padres de familia aun cuando ellos sean poco o nada creyentes, envían y presentan por millares a sus hijos a los institutos de educación fundados y dirigidos por la Iglesia".

Quiero citar una frase de los Considerandos del reciente Decreto, que debe ser tenida en cuenta. Si el laicismo ateo francés hubiera sido trasegado a nuestra legislación se justificarían estas severas palabras:

*"Si algunos legisladores de* 1884 *tuvieron esa intención —lo que no es admisible— habrían trabajado disimuladamente contra la Constitución. Y si alguien hoy quisiera que la escuela fuera atea y que se impusiese al niño como una prescripción escolar la ignorancia obligatoria del catolicismo, esa intención sería inconfesable, porque sería inconstitucional.*

*Es inadmisible que la interpretación de una ley se haga en forma tal que los alumnos de las escuelas oficiales estén obligados a ignorar lo que es la religión que el Estado sostiene y a la cual, por mandato expreso de la Constitución, debe pertenecer el Presidente de la República. Como resulta absurdo también que esos mismos alumnos estén privados de los beneficios de la enseñanza religiosa, que no se niega a los indios, cuya conversión al catolicismo debe promover el Congreso, por imperio de la Constitución".*

### II.—El liberalismo arrastra en su muerte al laicismo

No lo expresan los fundamentos del nue-

vo Decreto, pero no es posible silenciar que la ley laica, de cuya pesadumbre acaba de liberarse el país, constituía una hendedura por la que se derramaban los tesoros de nuestro patrimonio católico, heredado de la tradición española y acrecido aquí, durante 300 años. Goyena evocó en elocuente síntesis, en su discurso parlamentario de 11 de julio de 1883, los hechos históricos más relevantes que documentan en forma incuestionable cómo toda nuestra tradición: la colonial primero, y luego la autárquica estuvo vivificada por un espíritu hondamente cristiano.

En efecto. La ley laica conspiró contra la fe y el ideal misionero que alentaron el descubrimiento, la conquista y la colonización de América. Rompió la tradición constante, seguida por nuestras escuelas, colegios y universidades desde su fundación. Distanció en las creencias a las generaciones actuales de aquellas que, a precio heroico, nos dieron autonomía y libertad en los principios del pasado siglo.

La ley laica logró que el crucifijo, pendiente en el testero de la sala de los Constituyentes de 1816, y en el recinto que congregó a los legisladores de 1853, fuera arrancado de las escuelas de hoy, y que nuestros niños no pudieran comenzar sus clases honrando a Dios, a quien invoca en sus primeras palabras la Carta Magna.

La ley laica atentó contra esa unidad nacional que tan sólo una misma fe religiosa puede conservar, y que nos torna inespugnables frente a quienes abriguen propósitos imperialistas tendientes a convertir nuestro país en factorías foráneas. Porque, como dijo Teodoro Roosevelt en los lagos sureños, ni la Argentina ni Sud América podrán ser convertidas en colonia yanqui, mientras ellas adhieran a su tradición y a su fe católica.

La ley laica constituyó, de esta suerte, una brecha abierta a los enemigos de nuestra individualidad y autonomía nacional. Conservar el laicismo equivaldría, en esta hora, a entregar el país a potencias que monopolizan el imperio del mundo. Y tal entrega del espíritu de los argentinos a las plutocracias foráneas es más criminal que la concesión de nuestros ferrocarriles, de nuestras carnes, de nuestro trigo o de nuestra banca; en suma, que la extranjerización de la riqueza material patria.

"Esa ley espuria ha logrado que la moral cristiana dejara de informar las costumbres, y que el Evangelio con sus transcendentes y sobrenaturales principios no fuera ya ni la base de nuestro derecho familico y civil, ni la fuente de inspiración para el régimen temporal", en palabras de Estrada.

Por no perdernos en largas declamaciones contra la enseñanza que desde 60 años viene descristianizando al país, preferimos dejar en silencio los frutos del laicismo. El contribuyó eficazmente a soliviantar el espíritu levantizco de los estudiantes universitarios, y a que lograran temible preponderancia entre ellos los partidismos y banderías izquierdizantes, hábiles y súbdolos gestadores de huelgas, rebeliones y protestas. El laicismo constituyó un instrumento muy apto para cortar el lazo de respeto y de amor que vincula más estrechamente dentro del hogar a los hijos con sus padres. Corrompió la conciencia de los empleados públicos y de los asalariados, sembrando descontento contra la autoridad. Encendió enconos en las clases trabajadoras, anarquizándolas. Agotó todo espiritualismo en el pueblo, reduciendo sus ideales a la miseria del edonismo materialista. Y confundió las inteligencias con utopías, falacias y sofismas, en substitución de las sencillas y eternas verdades del Catecismo.

El laicismo fué derivación lógica del cientificismo materialista, de la sociología liberal, de la filosofía agnóstica, de la economía individualista; y, en una palabra, del antropocentrismo.

La escuela irreligiosa (la llamamos irreligiosa y no arreligiosa con el mismo derecho con que clasificamos de inmoral al hombre que presuma ser tan sólo amoral), pretendiendo prescindir de la religión sobrenatural ha dado muerte en el espíritu de los jóvenes a la religión natural, que instintivamente y por gravitación espontánea busca el espíritu como desahogo y como complemento ineludible en multitud de ocasiones de la vida.

¿Cómo se ha conquistado en un instante y casi sin esfuerzo —oigo preguntar a las gentes— lo que pareciera obra ciclopea y fruto de discusiones inacabables? Porque el liberalismo, cuya agonía describió Pierre Lucius, ha entrado en descomposición. Y los hombres bien intencionados, sean del sector que fueren, aplauden en su interior una medida tan moralizadora cual es ésta

de la enseñanza religiosa, la única que puede colaborar eficazmente a formar conciencia ética y a crear deberes en el espíritu de las jóvenes generaciones.

Apenas podemos explicarnos ahora cómo los gestores del laicismo, para quienes la Francia post-revolucionaria poseía valores de arquetipo, no podían concebir que un país democrático y libre como el nuestro se alejara del patrón de la democracia, brotada en Europa a raíz de la revolución de 1789. Esos espíritus no comprendían una democracia que no poseyera alma liberal ni imaginaban una libertad que no confinara en los límites del libertinaje.

Si ellos, a quienes debemos creer sinceros, vivieran hoy en presencia de los éxitos alcanzados por la experiencia laicista, que son la corrupción de las masas y la pérdida de las virtudes cristianas, serían los primeros en corregir el error, en volver grupas atrás y en asirse a la milenaria educación católica.

Pero los liberales novecentistas, berthelotianos impertérritos que caían de rodillas ante el mito de la ciencia, de la máquina y de la mecánica, propugnaban el laicismo como un postulado del culto a los nuevos tiempos y al progreso, sombras de gran nombre, *magnae nominis umbrae*.

Habíanse persuadido que para sostener la moral de los pueblos bastaba una prédica culturalista, por la cual, en virtud del culto al honor, a la filantropía y a la estética se obtendrían en la sociedad iguales frutos moralizadores que los alcanzados por el cristianismo con su prédica del temor y amor a Dios. El alud proteico y brutal de inmoralidad contemporáneo documenta el fracaso de aquella prédica.

La ley de enseñanza religiosa constituye, pues, un reclamo y una exigencia de los tiempos que vivimos. Y no se precisa poseer espíritu agorero para predecir que todas las naciones deseosas de paz perdurable y de orden interno y externo educarán a las nuevas generaciones en el temor reverencial a Dios.

Ahora que el liberalismo tocó a su fin era ineludible que terminara el laicismo, su fatal epifenómeno. La escuela laica que trataba de llegar a la conciencia del niño rehusando revelarle sus deberes para con Dios, para no crearle prejuicios, no pudo menos de producir el vicio y la defección moral.

El liberalismo negaba el pecado original y su secuela: la inclinación instintiva al mal. En su mentalidad rousseauniana y racionalista, para trocar al niño en ciudadano honesto y moral creyó que bastaba dar cauce espontáneo a sus tendencias. Ellas habían de inspirarle sobriedad en el goce, abnegación, justicia, espíritu pacífico, y las demás virtudes imprescindibles para la convivencia humana. El laicismo escolar al igual que el individualismo económico y que sus sucedáneos, poseen idéntica raíz, el antropocentrismo, brotado de la negación de la naturaleza caída. Pelagianismo optimista, del que esperamos se libre para siempre el mundo tras la trágica experiencia de nuestra hora.

Tal era la filosofía profunda del laicismo. Y su grito de combate: desterrar el fanatismo y la tiranía de los espíritus, liberar las conciencias juveniles de prejuicios, poniendo a resguardo sus futuras autodeterminaciones en el campo abierto de la libertad de cultos.

El resultado obtenido es este ateísmo fetichista en que se precipitan las masas, carentes de toda inquietud y sin problemas de espíritu ningunos. Por poco profundo y conocedor del alma humana que hubiera sido el liberalismo de quienes dieron al país la ley 1420, habría temido la relajación de la austeridad de costumbres heredada por nuestro pueblo de su tradición hispana. Pero el de ellos era un liberalismo, del que Goyena pudo afirmar que nada poseía de filosófico ni de científico y sí mucho de fatuo: "El liberalismo argentino no hace mucho gasto de ideas. No raciocina, no teoriza, no se mueve en el campo de la especulación intelectual, sino que se revuelve en el terreno de los hechos. Es empírico como son empíricos quienes hoy día lo traducen en actos públicos y en disposiciones inicuas, bajo cuyo imperio tendremos que vivir desgraciadamente, si no protestamos con energía y si no levantamos contra ellas la opinión pública. ¿Cuáles son las manifestaciones intelectuales del liberalismo entre nosotros? ¿Qué ha producido? ¿Cuáles son sus obras dotrinales? Una cita de Renán, un párrafo de Draper, mezclados con alguna salsa nacional, un poco de Solórzano mal digerido, una chocarrería, una tirada declamatoria contra la Iglesia, cuya historia se ignora, una blasfemia... ¡He aquí el bagaje de los eminentes liberales! Y atrás

de ellos ¿quiénes vienen? Vienen los que tienen por biblia *Las memorias de Judas*, vienen los espíritus ilusos, ligeros, sin el más leve barniz científico o literario, viene el vulgo de las logias, y los desgraciados que Europa arroja a playas lejanas, los cuales se congregan, salen ruidosamente por las calles, pasean por la ciudad llevando la bandera argentina que inclinan vergonzosamente ante la estatua de Mazzini".

### III.—La enseñanza religiosa salvaguarda de la libertad

El gobierno que pretenda, como el nuestro, redimir al obrero de la injusticia capitalista liberal, legislando salario familiar y gravando con impuestos la ganancia excesiva de los potentados, no podrá dejar al niño entregado a la libertad, que es libertinaje del laicismo ateo. Por ello, en un mismo día, legisla redimiendo al obrero y al niño de la doble esclavitud del dinero y del ateísmo, anhelando trocarle en ciudadano a quien sea dado alcanzar su destino libre de la tiranía exterior del supercapitalismo y de la tiranía interior de sus tendencias nativamente desordenadas.

"Los movimientos sísmicos —decía Emilio Lamarca— ofrecen menor peligro que la brutal impiedad y que la corrupción contemporáneas. Estas, si no se les pone vallas, hacen insoportables a los pueblos y labran su infortunio".

El laicismo ha producido como brote natural la estatolatría y la demolatría. Quienes rechazan la religión, porque ella es ligamen del espíritu, se arrojan enceguecidos bajo el guante ferrado de los tiranos, que constituyen el único freno de los pueblos de puños alzados. La disyuntiva es fatal: o religión o tiranía. Porque, en expresión de Donoso Cortés: "No hay más que dos represiones posibles, una interior y otra exterior: la religión y la política. Estas son de tal naturaleza que cuando el termómetro religioso está subido el de la represión está bajo. Y cuando el termómetro religioso está bajo, el político, el de la represión pública, el de la tiranía es preciso que esté alto. Tal es la ley de la humanidad y tal es la ley de la historia".

El Decreto de enseñanza religiosa constituye una ley de libertad para los espíritus. Lo cual no entenderán jamás las inteligencias eriales, faltas de profundidad en sus pensamientos que no pueden comprender cómo la libertad tan sólo acompaña a las determinaciones honestas y conformes a la razón, como Santo Tomás enseña, y cómo la elección del mal o abuso de la libertad, engendra fatalmente el libertinaje suicida.

La desidia de los católicos, el miedo a comprometerse en movimientos eficaces de protesta, el disidio de las fuerzas fragmentadas en partidos políticos, cuyos programas de laicismo y de indiferentismo religioso gravitaban más en las conciencias de multitud de católicos que los deberes impuestos por la Fe; la pusilanimidad esterilizante; en suma, la facilidad criolla de acostumbrarnos a la violación de los derechos de Dios, y de habituarnos a la contemplación de la apostasía religiosa de las masas obreras y al ateísmo de los jóvenes, todo ello perpetuó la escuela sindiosista, durante sesenta años, en medio de un pueblo cuya inmensa mayoría es católica.

La gran prensa, dirigida hábilmente por una minoría hecha con inteligencia liberal y sangre masónica, ha destilado laicismo ateo, habituando al país a la corrupción, y sosteniendo un fatal estado de cosas. Y, de tiempo en tiempo, en las cámaras se ha inyectado vida a esa ley anémica, con el sofisma y la argucia diestramente manejados por hombres formados en el idealismo neovitalista, o culturalista, que prometía una paz social universal frutecida de no sé qué necias filantropías, y de no sé que declamatorios cultos humanos de solidaridad internacional.

La prédica liberal esgrimió infinitas veces los mismos sofismas con desastrosa eficacia y llegó a envenenar de tal manera las inteligencias de numerosos cristianos que se aferraron a la idea de que la libertad de cultos postulaba una escuela atea.

Un mes antes de la revolución del 4 de junio no pocos de los Constituyentes de Mendoza, católicos para sus fueros internos —como ellos decían— pero anticatólicos en su conducta pública, y, por ende, tipos de peligroso hibridizmo, aseguraban que votarían la ley del laicismo en la escuela porque tal temperamento les forzaba a adoptar su filiación partidista, o porque les parecía que el laicismo estadual era requisito indispensable para sostener la libertad de conciencia. (¡Siempre lo mismo, botarates mostrencos! Para esta gente molusca y gelatinosa la libertad de conciencia

se les ha vuelto fetichismo, se les ha trocado en budita de bibelot. ¡Y qué entenderán por libertad de conciencia!)

Por suerte el nuevo Gobierno que ha repudiado el burocratismo, el perduelionismo, el crimen supercapitalista, y que con legislación severa está redimiendo al obrero de las fábricas de su postración material, no podía dejar de redimir al niño, hijo de obreros, cuyos padres vense precisados a educarlos en colegios de estado, de su abandono espiritual.

Un gobierno de ciudadanos de probada conducta moral, empeñados en procurar el bien de la patria, no era posible redujera su atención tan sólo a los intereses materiales, y a los negocios y mercados internacionales, sino que preferentemente debió interesarse por los bienes del espíritu y por la formación de la conciencia ciudadana, educándola en el amor de Dios, único fundamento del amor al prójimo.

"*Porque no hay que engañarse* —transcribo de los Considerandos de la nueva ley— *al niño sin conocimiento de la religión no se le educa en la neutralidad sino en el ateísmo, que comienza por ser sistemático repudio del nombre de Dios y acaba siendo negación de su existencia y de sus leyes, único fundamento válido de toda moral privada y pública; y, para nosotros los argentinos, la destrucción de uno de los más fuertes vínculos de la unidad nacional*".

Por esa especie de instinto con que se defienden las naciones y los individuos en las grandes crisis humanas la enseñanza de la religión ha de volver a las escuelas en todos los pueblos que velen por su propia conservación. Su implantación constituirá un fruto de dolor recolectado tras una experiencia desgraciada. Se ha constatado que no basta para disciplinar al niño ni para trocarle en ciudadano honesto la moralina laica de Cohen, y de Ortega y Gasset y de los vitalistas modernos, con la que pretendían substituir la falta del Catecismo y de la moral cristiana.

El laicismo en la historia de nuestras instituciones irá aureolando un período caracterizado por escandalosas venalidades en los comicios ciudadanos y en las asambleas públicas, por ausencia de honorabilidad administrativa en las oficinas de estado, por el desquiciamiento del hogar y afloje de los vínculos de la familia, por sobreexceso de lujo y afán de exhibicionismo en las clases acaudaladas, por sordidez y envenenamiento moral en las infortunadas; y finalmente por el desprestigio de un régimen de gobierno, el democrático, bajo cuya lenidad y apoltronamiento burocrático han incubado los peores vicios sociales y se han fecundado las más miserables plagas administrativas.

No vamos a sentar plaza de tontos ni de ilusos. La docencia religiosa en las escuelas públicas de enseñanza primaria, post-primaria, secundaria y especial, no constituirá una panacea moral, ni un drástico que lave al país de todos sus vicios, inaugurando un ensoñado milenio escatológico.

El pecado y la corrupción, bien lo sabemos, viciarán siempre a las sociedades humanas. Y tan sólo la gracia divina unida al esfuerzo del hombre pueden prometer la perseverancia en el bien. Pero nadie que no sea perverso o estúpidamente sectario podrá negar que el cristianismo conocido y amado ha de constituir un poderoso aliado del orden y de la moral.

## IV.—La escuela religiosa principio de unidad nacional

Quiero destacar un aspecto no contemplado por los Considerandos de la ley de enseñanza estadual católica. Me refiero a las razones de interés social que reclaman la instrucción religiosa.

No faltarán quienes piensen que los sectores anticatólicos y los comentaristas de los diarios adversos a la religión por hallarse amordazados no han reaccionado enérgicamente contra la presente disposición del Gobierno. Creo que no es así. Quien no caiga en la estulticia de confundir gobierno católico, como el que nos gobierna, con gobierno clerical, que no lo es el nuestro, si tiene un poco de sentido y corazón patriótico no podrá menos de elogiar el temperamento adoptado por el poder ejecutivo.

Porque nadie deja de comprender a esta hora que sin cierta religiosidad, o mística, o llámese como se quiera, las naciones se precipitan al derrumbe. Rusia subsiste y con esfuerzos gigantescos está sosteniendo su libertad merced a la mística proletaria de que informó a su pueblo. Rusia poseía conciencia de una misión

por realizar en el mundo, dábase cuenta de su destino; y, con percepción clara u oscura del papel que le cumplía desarrollar, tenía una finalidad, una razón de ser una misión propia. De ahí su cohesión y su heroísmo. Trátase de una religión que diviniza al proletariado, y de una concepción democentrista de la vida, ello es muy cierto, pero es una religión al cabo, o como ahora acostúbrase decir impropiísimamente, es una mística.

También poseía su religión y su mística el nazismo y el fascismo, gemela de la mística comunista. En la medida que una nación es religiosa y siente los grandes y eternos problemas del destino humano, sea que responda a ellos ortodoxamente, como Polonia, Irlanda, España, o heterodoxamente, como Rusia o Alemania, en esa misma medida habrá patriotismo, heroísmo, abnegación y cohesión ciudadana.

Pues bien. Aquí en la Argentina, sesenta años de escuela atea han logrado que los argentinos integren una gran masa de gentes que ni sienten ni se plantean jamás ni padecen que otros les propongan los grandes y trascendentes interrogantes de la propia existencia y del propio destino. Sesenta años de laicismo han desconexionado a los ciudadanos, dándonos un organismo social descoyuntado. Y, cuidado, que no aglutinan antes destraban los intereses económicos y los beneficios materiales.

Los argentinos —excepciones, claro está, no faltan— no sienten el problema religioso ni se interesan por la filosofía. En prueba de ésto no repetiré lo que todos saben. Baste sugerir que en las Universidades no se filosofa, sino que se historian ideas ajenas, qué dijo Hegel, qué dijo Descartes. Aquí tiene éxito Nietszche y Wagner, que son poetas de ideas y de sonidos. Aquí triunfa Ortega y Gasset, gobernador de la ínsula verbalista, fulgurante, ameno, vago, molusco.

Una filosofía traspasada de poesía logra adeptos de inmediato. De allí el triunfo de la filosofía existencialista ahora; y de la panteísta, hace unos años.

La religión es filosofía, es metafísica. El laicismo engendró irreligiosidad, diletantismo filosófico e incapacidad metafísica, y, en el término de todo ello, antipatriotismo. Piénsese bien ésto. No poseo aquí espacio suficiente para el comentario que precisa.

Cierto es que se quiso suplir la irreligiosidad con una especie de culto de la patria, de la bandera, de los héroes nacionales, de la argentinidad y americanidad y de otras universalidades inoperantes en el orden moral. Pero como todo ésto no da solución precisa al problema del destino del hombre, ni tiene razón de ser si el interrogante fundamental de la existencia queda desatendido y por plantear, esa dulzona religión de fondo ateo se escurre dejando a los espíritus librados a la fatal ley de sus voluntarismos y autonomías. La religión de la patria, si no se fundamenta en la religión del Dios verdadero, no obtiene abnegación, ni sobriedad ni adustez en el goce de la vida.

El ateísmo, demasiado sabido es, inspira lo único que puede inspirar; es a saber, extremos de goce sensual y nada más que eso. Por ello, en cierta manera, sus consecuencias antipatrióticas son más perniciosas que las del comunismo. No padece Rusia la crisis interior que está sufriendo Norteamérica —por ejemplo—, crisis que se entrelee en cada discurso de Roosevelt. Y es sabido que es Norteamérica un país en el cual es preciso luchar tenazmente contra el ateísmo producido por la pululación de las sectas protestantes.

La religiosidad cómoda de Enrique VIII para forzosamente en el sensualismo de Locke y en el materialismo de Burke, pasando por Herbert, Tolland, Collins, Tindal. Y la teología fatalista de Calvino remata en el sectarismo rabioso de Voltaire y en el materialismo tonto de La Mettrie, pasando por Montesquieu y Rousseau. De igual manera, a través de Lessing, de Wolf, de Hegel, de Kant, la impureza de Lutero va a expiar su sensualismo en las brasas de Nietszche, de Marx, de Hitler. El día en que Norteamérica quiera desinfectar sus focos de quintacolumnismo tendrá que prender fuego al protestantismo que la ateiza y marxifica.

El protestantismo con su desmembre sectario crea confusión y escepticismo. Pese a la indiscutible buena fe de gran parte de sus pastores y fieles su acción es esterilizante. De aquí el rigor con que la Iglesia Católica se opone al protestantismo. Pero el tema merece consideración por separado.

Ahora a lo que iba. De lo dicho se desprende que la enseñanza de una religión es de necesidad vital para la cohesión de un pueblo. Obsérvase en todas las naciones que los más ardientes patriotas han sido hombres de intensa fe religiosa.

El pueblo nuestro, hecho de materia prima inmigrada, que cae aquí con el propósito de lucrar y explotar la riqueza, este pueblo cosmopolita en sus hombres, que viven de ideas foráneas, que visten con telas importadas, y hablan argot internacional, que cantan y bailan congas de negros yankis, y lagrimean cuando a través de la radio les acarician la sensibilidad las canciones mexicanas, estos hombres que en sus costumbres se disocian y apostatan cada vez más de la tradicional adustez criolla, y que no van más allá de la comodidad, es forzoso que prefieran sus intereses personales y sus medros egoístas al bien común de la patria. De esta raza sindiosista no brotarán héroes. Nacerán tipos venales, a quienes el soborno ganará fácilmente por el lado flaco del propio interés y del egoísmo contra el interés común.

Contagios de psicología multitudinaria ofrecerán la apariencia de un pueblo dadivoso, altruísta y sacrificado. Pero el heroísmo de las grandes gestas escapa al arrebato colectivo sostenido por la propaganda y el nervosismo.

No nos engañemos. No seamos superficiales. Nuestras masas no están preparadas para sacrificios. Carecen de ideas substanciales. El ateísmo no ha permitido se les enseñe para qué viven, qué hay más allá de sus afanes, de sus amores, de sus lágrimas y de sus días huidizos.

Y puesto que el hombre, según Cuvier, es animal religioso y no puede despojarse de su religiosidad instintiva, cuando se le niega el conocimiento del Dios verdadero, tuerce el alma naturalmente cristiana, como Tertuliano decía, hacia la monstruosidad del fetichismo.

No es precisa honda penetración para descubrir que entre las gentes formadas en el laicismo va alcanzando contornos de epidemia el miedo a la *getta* o a la fatalidad que inspira la superstición del amuleto, constituído por el elefantito de marfil, por la imagen de San Judas Tadeo, o por cualquiera otra filoxera del culto al Dios verdadero.

El hombre es religioso por entraña. Si el ateísmo deshumanizante no logra, que no logrará jamás en la gran masa, extirpar sus fibras místicas —llamémoslas así— el pueblo fomentará un tipo de culto terciado de supersticiones. Religión parecida a aquella que aconsejaba Cousin a las masas; y que el Patriarca Marx, que no conoció otra cosa sino esa hibridación de religión verdadera y superchería, con razón pudo clasificarla *opio del pueblo.*

Los liberales de fin de siglo, a quienes debemos el engendro laico que ha descargado por fin ahora el país, prendados de la estulticia de Cavour, según el cual la religión era sólo asunto privado y problema de conciencia, lo que inspiró al Ministro Wilde, en el debate de la Ley 1420, aquella perla teológica: *"no pueden asociarse las personas para tener una religión"* condenaron al pueblo al fetichismo, a la idolatría y a la incultura.

De esta suerte la escuela se convirtió en foco de incivilidad y de ineducación pervirtiendo diametralmente sus fines. Y ello en un país monopolizador de la docencia, que persiguió el analfabetismo como objeto precipuo del gobierno y de la nación y que se jactó de poseer dos maestros por cada soldado.

Habíamos andado errados. Lo que Roca-Wilde labraron a contranervios del país, luego de sesenta años, Ramírez-Martínez Zuviría gloriosamente rectifican. Mucho tiempo tardará la Patria en reponerse de la enfermedad que parecía vital y de la que acaba de salir milagrosamente. El gobierno de la Revolución del 4 de junio ha cumplido ya una misión histórica, cuyos beneficios alcanzarán no tanto a las presentes generaciones, cuanto a las del futuro. Ello nos permite presagiar días halagüeños para la cultura argentina.

*Hernán Benítez*

# El Regreso

*Declinaba la tarde cuando el hombre llegó a la cumbre de la montaña.*

*Allá abajo, en los negros valles de la tierra, ardían las últimas ciudades, y el torrente de la sangre se encrespaba y sacudía las riberas como un mar enfurecido. Proclamada la venganza; auspiciada la injuria y enarboladas las humeantes banderas del terreno hartazgo, pérfido, hablaba el hombre, y en el vértigo de todas las locuras la enumeración de la muerte laureaba las frentes, y las jactancias del odio tendían auroras de sangre sobre los dulces columpios de las praderas en flor.*

*Huir; huir era su pensamiento. Borrar de un golpe la imagen del hombre y acallar para siempre el rumor de su impúdica palabra.*

*Abrió la alforja y tembló, en su mano, el pan.*

*Y sintió de pronto aturdido por el golpe, que allá en los remotos cauces de su sangre quebrábanse las compuertas del tiempo, y el llanto desatado rugía y avanzaba impetuoso hasta sacudir las ardidas murallas de su carne.*

*Y en aquella tremenda celda de su soledad culpable, comió su pan y virtió su llanto hasta que un pesado sopor relajó su cuerpo y se quedó dormido.*

*Avanzó entonces, en el espejo del sueño, un anciano de largas barbas y pies descalzos. Traía un cántaro sobre el hombro y sus harapos apenas cubríanle el desnutrido cuerpo.*

*He aquí el hombre: dijo el caminante con dulcísima voz. Y humillando la descarnada rodilla, apartóle los recios cabellos y lo besó en la frente.*

*Agitóse entonces el dormido y revolvióse sobre la hierba inflamado de poderosa cólera. Mas no por eso cedieron los ocultos grillos del sueño, y humillado y vencido en la cumbre de su soledad burlada, recibió, por boca del Profeta, el mensaje de todos los siglos.*

*—Cincuenta años hace que, como tú, llegué a esta cumbre huyendo del hombre.*

*Cincuenta años que viví en la selva de mis rencores, en tanto allá abajo, en el abismo, fermentaba la ciénaga y la tierra envenada abría sus fauces al caudal de la sangre prometida.*

*Ningún clamor detuvo mi fuga. Y jadeante de ira y de vergüenza, negué al hombre, y alzando la diestra amenazante proclamé su exterminio como justo castigo de todos sus pecados.*

*Mas no por eso estallaron las iras del cielo ni se detuvo el péndulo del tiempo.*

*Y en tanto ardía estéril la llama de mi rencor, fructificaron las viñas, florecieron los prados y los ocultos nidos lanzaron enjambres de pájaros nuevos.*

*Desoída, pues, mi voz, callé.*

*¿Qué impaciencia era la mía frente a cuyo ardor, el cielo, obcecado, perdonaba las terrenas injurias y las fecundaba con el riego perpetuo del amor?*

*Golpeado en la llaga de mi culpa, retrocedí y medité en la soledad del Universo hasta que mis ojos se abrieron como rosas tardías y anegaron mi tremenda noche con el torrente de su nueva luz.*

*Cedió entonces mi duro entendimiento, y cedieron con él las oscuras fuerzas que me encadenaban.*

*Y comprendí, temblando, que no era ese el camino. Que el hombre necesita del hombre. Que la montaña no existe. Y que allá, donde gime la sangre derramada, late el disperso germen del amor, como en la cumbre de la noche alientan los dispersos azahares de la aurora.*

*Y esto te digo: Agítase el mar enfurecido; arroja la montaña torrentes*

*de fuego; irrumpe furibundo el huracán y la tierra lacerada hunde su espanto en las tinieblas de sus propios abismos.*

*Mas escrito está que el mar aquietará sus aguas, la montaña apagará su fuego, el huracán detendrá su furia y la tierra, liberada, mostrará sus abismos anegados de luz.*

*Por eso, hijo mío, despierta y apaga la llama de tu enojo.*

*El hombre, encadenado, lucha y se desangra en los negros vertederos del tiempo.*

*No le abandones. Que tu dolor, nacido de su crueldad, no te haga cruel.*

*De un hombre a otro, hijo mío, no hay más distancia que entre dos rosas de un mismo rosal. Por eso, despierta y regresa.*

*Desciende tú a los jadeantes abismos del hombre, y vierte, en la llaga viva de su culpa, el dulcísimo rumor de tu perdón.*

*Cincuenta años viví en la cumbre de mi ceguera. Mas el tiempo me dió el Camino, y hoy regreso con mi cántaro para darle agua a los que tienen sed.*

*Cuando apagóse el rumor de su última palabra, el anciano reinició la marcha y desapareció en un recodo de la montaña.*

*Despertóse entonces el dormido. Recogió la alforja, calzó la sandalia, e inició la marcha. Declinaba la tarde cuando el hombre llegó al pie de la montaña.*

*Ardía la ciudad. Decretado el pagano escándalo, huían los vivos, yacían los muertos, y un inmenso clamor de venganza estallaba en los abiertos cráteres y rebotaba, retumbante, de uno a otro confín del Universo.*

*Tembló, el hombre. Avanzó luego y se internó en la hoguera.*

*Buscaré al hombre y besaré su frente, dijo.*

*Y sus pies sangraron y fecundaron la tierra hasta que los altos cedros, temerosos, se abrazaron en el aire.*

Ernesto Stigliano



# Restauración de la Sociedad por el amor de Dios

Damos a conocer este admirable estudio póstumo del célebre P. Ventura de Ráulica, General de la Orden de los Trinitarios, Consultor de la S. C. de Ritos, Examinador de Obispos y del Clero Romano, y quizás el más ilustre, por su doctrina, entre todos los predicadores del siglo XIX. No obstante ser italiano el autor, escribió este notable artículo en francés, cuya versión al castellano creemos que es la primera. Nos pareció oportunísimo para esta Revista católica, porque encarna las bases para una auténtica solidaridad entre los hombres.

NO es la palabra de un legislador humano la que puede regenerar las sociedades. Puede imponer leyes, mas no inspirar el amor, y menos aún variar los corazones e inclinarlos constantemente al deber. Sólo un legislador divino puede llevar a cabo todo lo que anuncia: las palabras, en su boca, son actos creadores: todo lo que dice, lo realiza y lo cumple. No es de temer, pues, que la palabra de Jesucristo sea menos eficaz y menos poderosa en cuanto al amor del prójimo, que en relación al amor de Dios. Lo que ha hecho para atraer el corazón de cada hombre al amor de Dios Padre, lo hará para atraer a los hombres al amor fraternal que es la expresión máxima de la auténtica solidaridad entre los hombres.

En efecto, en el sentido más genérico y absoluto, Jesucristo ha declarado el segundo mandamiento semejante al primero: Secundum autem simile est huic. Por una sola y misma caridad, dice San Agustín, amamos a Dios y a los hombres (1).

"Los hombres, dice Orígenes, regenerados por el amor de Dios, formados en amar a Dios como padre común, comenzaron naturalmente a amarse como hermanos. El amor del hombre es la consecuencia necesaria, el reflejo del amor de Dios. No se puede amar sinceramente a Dios sin amar al hombre, criatura de Dios, hijo de Dios, imagen de Dios y representante de Dios; ser que ha llegado a convertirse en sagrado, que se ha deificado por los sacramentos, y que casi ha llegado a ser Dios mismo: Ego dixi, Dii estis (Salmo LXXXI, 6). Es imposible amar a Dios, padre de los hombres, sin amar a éstos como hermanos. De ahí, entre los cristianos, el respeto a la mujer, al niño, al esclavo, al pobre, al enfermo y al desgraciado. De ahí los industriosos recursos de la caridad, la abnegación sublime para enjugar las lágrimas, consolar a los afligidos, mejorar la condición y salvar la vida. Los mártires de la fe fueron al mismo tiempo mártires de la caridad. El mundo pagano asombrado de ese espectáculo, sojuzgado por esos prodigios, se confesó vencido: cedió menos a la virtud de los milagros de la virtud, y fué menos convencido por el raciocinio que por el corazón. De ahí también la propagación tan rápida del Evangelio en los primeros tiempos y los prodigios de la civilización cristiana, desconocidos para los infieles. Porque como la verdadera santidad no es más que el amor de Dios, del mismo modo la civilización no es más que el respeto, el amor, la adhesión del hombre hacia el hombre. Pero el respeto, el amor, la adhesión del hombre hacia el hombre no derivan más que del amor de Dios. El mandamiento de amar al hombre no tiene su raíz, su apoyo, su razón de ser más que en el mandamiento de amor a Dios: Secundum autem simile est huic. El amor de Dios es, pues, el fundamento de la verdadera solidaridad entre los hombres, que en definitiva constituye la verdadera civilización".

Católicos a quienes vuestras bondadosas madres, esos primeros apóstoles del hombre, esos primeros evangelistas que revela Dios al hombre, os han acostumbrado, desde vuestra más tierna infancia, a llamar a Dios vuestro Padre: vosotros que habéis mamado con la leche, la fe, la esperanza y el amor de Dios, vosotros os encontrais en la dichosa posibilidad de comprender el inefable prodigio, el inmenso alcance de esa resurrección moral del hombre por el amor. Cuando veis tan comunes, tan fáciles y tan populares entre nosotros esos sentimientos de confianza en

Dios y de simpatía hacia vuestros semejantes, creéis esos sentimientos una cosa enteramente natural, espontánea, y los mirais como la expansión propia del alma humana.

Mas para convencernos de que esos son prodigios del amor de Dios, encendido divinamente en los pueblos cristianos, no teneis más que dirigir vuestra mirada a esos pueblos desgraciados que han permanecido extraños a la buena nueva, o que las han rechazado obstinadamente. En ellos Dios no es más que un enigma temible que hiela el corazón de espanto, y somete al hombre a una ley de hierro para tenerle clavado en un fanatismo desgarrador; Dios no es más que un dueño severo, un poder enemigo que es necesario apresurarse a aplacar con sacrificios terribles, mientras que desesperando de gustar las delicias del espíritu se sumergen en los goces corporales y en todos los vicios hasta el más completo embrutecimiento.

Ignorando el dogma santificador de la paternidad divina, ignoran el dogma civilizador de la fraternidad humana. Allí el hombre aborrece al hombre; allí el hombre desprecia, explota y esclaviza al hombre. Allí lo justo es lo útil, la razón es el capricho, el derecho es la fuerza, y de ahí la verdadera barbarie. Porque así como la falta de amor de Dios es la depravación o la verdadera barbarie del alma, así también la falta de amor del hombre es la barbarie o la depravación de la sociedad.

Sólo amando a Dios se puede realmente amar al hombre, y por consiguiente, allí donde Dios no es amado, donde solamente es temido y odiado, no hay más que indiferencia, desprecio y odio al hombre. Donde quiera que Dios es blasfemado, el hombre es crucificado; donde quiera que el culto es superstición, donde quiera que falta la religión verdadera, allí falta también el verdadero lazo entre los hombres, la verdadera civilización: allí no hay más que pasión, capricho, arbitrariedad, tiranía, opresión, y, en una palabra, barbarie.

La barbarie causa miedo... ¿quién, pues, querrá ser bárbaro? Para evitarlo se ha tratado de parodiar el cristianismo, y se ha llamado a los pueblos a la solidaridad y a la fraternidad. Vana y pueril tentativa querer establecer la fraternidad humana, olvidando la filiación que nos enlaza a Dios!.. No; los hombres no pueden amarse como hermanos, sino acordándose de que son hijos de Dios...

No sabemos qué se haya hecho con una civilización en que se ha olvidado a Dios: en vez de avanzar se ha retrocedido, o, si queréis, no se ha obtenido más que un progreso negativo; el progreso en el mal, progreso en la miseria y progreso en toda clase de vicios. ¿Qué cosa más boba y más estúpida que pretender arreglar sobre la tierra y cifrar en ella los intereses del hombre que desciende del cielo!.. ¿Qué hacen, si os place esos legisladores que, al meditar sus leyes, jamás han tenido por mira a Dios, que es el Soberano legislador?... (1). Para mejorar la condición del hombre es necesario entenderse con Dios, es necesario conocerle, invocarle, apoyarse en El y propender a llevar al hombre hacia Dios. Olvidando a Dios, jamás se hará nada por el hombre.

Para comprender bien esto basta recapacitar un poco sobre lo que vienen a ser sin el amor de Dios los tres poderes constitutivos de toda sociedad: la familia, el poder público y la Iglesia. Sin el amor a los padres, no hay familia; sin el amor al poder público, no hay Estado; sin el amor a los ministros sagrados, no hay Iglesia. Pero estos diferentes amores no tendrán sinceridad ni duración sino en cuanto estén sacados del cielo. Esos poderes deben ser amados, no por lo que son en sí mismos, sino por lo que representan. Es necesario amar el poder doméstico, porque representa al Dios Creador, y continúa acá abajo la acción divina, la acción creadora que hace nacer al hombre: es preciso amar el poder público, cualesquiera que sean su forma y su nombre, como representante de Dios, conservador y continuador de la acción divina, que protege y mantiene a los individuos y las familias: es indispensable amar el poder religioso por cuanto representa al Dios santificador y continúa la acción santificadora. La experiencia y la historia nos dicen lo que llegan a ser esos poderes cuando no son amados.

Antes que se hubiera imaginado llamar

(1) Non proposuerunt Deum ante conspectum suum. (Salmo LIII, 5).

a Dios, Ser Supremo, Dios no era entre nosotros más que "el buen Dios". Esta palabra era un acto público de amor, la expresión del sentimiento universal de todo un pueblo. Las palabras universales son siempre la expresión de los sentimientos universales. La fe en Dios era, pues, entonces la fe en el Dios de bondad, en el Dios Padre: de esa paternidad se derivaban todas las otras. Amando a Dios, al Dios bondadoso, se amaba por consecuencia al padre de familia, al rey, de la nación y a la Iglesia. La nación del Dios bueno desapareció, y con ella todos los sentimientos afectuosos. Bien pronto vinieron leyes tan desatinadas como impías: al mismo tiempo que se decretaba la existencia del Ser Supremo, se decretaba, con la declaración de igualdad, la abolición de los poderes: se decretaba su odio, como si los sentimientos pudiesen ser impuestos por las leyes. Todos los vínculos sociales quedaron rotos: todo respeto, todo amor del hombre hacia el hombre se extinguió en los corazones: el rencor llegó a ser el único patriotismo. Llegó a tenerse por un juguete el asesinato y el cadalso, y por una gloria la barbarie: la sangre corría a torrentes.

Esas no fueron monstruosidades excepcionales, no fué más que la lógica de las pasiones. Y esa será la suerte eterna de toda sociedad desheredada de Dios. Es imposible sostener en otra forma sino por la fuerza y el temor a los hombres que no se aman mutuamente. Entregados a su libertad, no tardan en degollarse y destruirse unos a otros: hasta la cuchilla misma se cansa de reprimir las enconosas pasiones humanas: entonces la justicia no es más que una quimera, y la solidaridad y fraternidad sacrificios tan absurdos como inútiles.

Así se explica el hecho inmenso, constante y universal de que toda sociedad no cristiana es esclava. Allí donde Dios no es conocido bajo las relaciones de paternidad y de filiación, no es amado: donde Dios no es amado, los hombres no se aman. El amor de Dios, ese cimiento necesario para el edificio social, ¿podrá suplirse por medios artificiales? No: no son frases ni poesías, ni leyes; tampoco teorías frías como la razón, inciertas como la duda, vacías como la nada, las que lograrán transformar el corazón del hombre. Las leyes humanas suponen los sentimientos, no los crean.

Para reformar seriamente al hombre, es necesario hacer de él una nueva criatura: sólo motivos tomados de los misterios de el Hombre-Dios extinguen las enemistades.

La caridad impuesta por la ley es precisamente comunismo. Sin leyes para pobres apenas tenéis pordioseros: nadie se muere de hambre en los pueblos de fe. Imponer a los ricos una contribución para los pobres, sería obligarles a hacer por fuerza lo que no hacen por caridad. Y eso supone confesar la necesidad de llegar hasta ahí, por la perspectiva de los motines, del saqueo y de la lucha civil, y confesar además que es indispensable llenar el vacío que deja la caridad. ¡Vanos esfuerzos!.. La beneficencia forzosa está atacada de esterilidad en su mismo origen: alivia pocas miserias; no consuela ninguna, y con frecuencia corre el riesgo de multiplicarlas.

Si os remontáis ahora desde los efectos a las causas, podréis medir los resultados de las malas doctrinas. Veréis lo que debéis pensar de vuestros filósofos que sin negar completamente a Dios, le niegan el título de Criador, le despojan de su título de Padre y destruyen en el corazón del hombre todo sentimiento de amor para con Dios.

Un dios que no ha criado al hombre, no tiene derecho alguno a sus homenajes, y no puede tampoco mezclarse eficazmente en los negocios del hombre. Por mejor decir, debe permanecer extraño al hombre, como el hombre permanece extraño a ese dios. ¿Qué seguridad tengo de que me ame? ¿Qué obligación tengo de amarle? ¿Semejante dios, es verdaderamente Dios?

Yo dejo ese dios a los filósofos, la mejor gente del mundo, pues, como es bien sabido, se contentan con todo, aún con la miseria; que todo lo aceptan, hasta el error, y sus perpetuas contradicciones; y que todo lo creen, hasta lo absurdo, excepto las sublimes verdades del cristianismo. Dejo ese dios a su inteligencia limitada, a su razón fácil, a sus pretensiones discretas, a sus exigencias moderadas: pueden contentarse con él si así les conviene.

Por lo que a mí hace, no me satisface: cada uno siga su gusto, pero me parece que ni el suyo ni el mío es el de prosternarse ante semejante dios. Quizá esto pueda tomarse como presunción y orgullo por mi parte, y censurárseme ser demasiado descontentadizo y exigente en materia de divinidad. Pero cómo ha de ser?... Confesaré si es necesario mi orgullo, pero no quiero doblar la rodilla a un dios que no me pertenece, que no me ama, que no se cuida de mí, y que yo tampoco puedo amar. Semejante dios no me interesa, no llena mis deseos, y no me es posible resolverme a adorarle. Declaro que si la Sagrada Escritura y la Iglesia me propusiesen un Dios de esa especie, iría a buscar en otra parte el dios de mi razón, y dejaría el Dios de la Sagrada Escritura y de la Iglesia.

Yo me dirijo al Dios de la revelación, y dejo el dios de la razón filosófica. Necesito el Dios cristiano, y no el dios abstracto; el buen Dios, y no tan sólo el gran Dios; necesito, no sólo el Dios que todo lo sabe, que todo lo puede, que lo rige todo, que lo ve todo, que sobrevive a todo, que todo lo recompensa y todo lo castiga; todo eso no es bastante para mí: tengo además necesidad del Dios que habla a mi corazón, que quiere mi corazón y que le busca y desea; que me ofrece su corazón y me pide el mío, que me ama, y al que yo puedo amar, porque conozco todos los títulos y derechos que tiene a mi amor.

El Dios vivo a que todo ser aspira y del que sale todo ser, al que todo ser honra como su Dueño y su Criador, como el origen de todo consuelo, de toda felicidad; es el Dios ante quien mi espíritu sonríe, mi corazón palpita y mi carne se estremece. Y como quiera que ése es el Dios de la Sagrada Escritura y de la Iglesia, me arreglo muy bien con El: me consuela, me satisface, y a El quiero adherirme.

El me asegura que está pronto a ayudarme, a protegerme y a salvarme, porque me ama. No puedo dudar que me ama, pues que quiere ser amado de mí; porque el deseo de ser amado es un indicio seguro de amor. El que quiere ser amado, seguramente ama primero: aún cuando no se me hubiera dicho que el Padre Eterno nos ama, Pater amat vos, por lo mismo que me manda amarle, que no desdeña mi amor y que lo recompensa, le reconozco por mi Padre, mi Dios, mi todo. A El es a quien puedo adorar sin degradarme. Me prosterno, pues, a sus pies, y le adoro, porque es el Autor de mi ser: me adhiero a El, y soy feliz en El y con El, y pongo mi esperanza en El: Mihi adhaerere Deo bonum est. Y pues que no sólo me permite, sino que me ordena amarle tan infinitamente como es infinitamente bueno, quiero amarle con todo mi ser, con todo mi espíritu y con todo mi corazón. Con eso todo mi ser será realzado y ennoblecido, porque amándole me uno a El, llego a ser El, un ser deificado. El objeto amado está en el que ama, como el objeto conocido en el que conoce. Yo le amo, le abrazo le estrecho contra mi corazón, y le colmo de caricias.

Me entrego todo a El: someto mi razón a su Evangelio, que me da ideas tan justas, tan grandes, tan sublimes, tan tiernas e insinuantes de su divina naturaleza: las únicas dignas de su majestad y de su grandeza, de que la filosofía jamás se ha apercibido. Acepto su revelación, abrazo su culto, quiero cumplir sus leyes. Será el Dios de mi inteligencia: ex tota mente; será el Dios de mi corazón, de todo mi afecto, ex toto corde; será la regla de toda mi vida, de todas mis acciones, el centro de todos mis deseos. No amaré a las criaturas sino en El, por El y con El, y sin causarle perjuicio: El sólo será el objeto y el término de mi fe, de mi esperanza, de mi amor; y no seré feliz sino en El y con El, en el tiempo y en la eternidad.

*Ventura de Ráulica*

*General de la Orden de los Trinitarios*

¡Qué tristes fueron las últimas palabras de Renán: "prefiero las probabilidades de un infierno a la nada"!

# *Solidaridad en la vida sobrenatural*

UN cristiano que se sienta en su casa, mientras vive, establece una contradicción grotesca y una burla de la Buena Nueva del Reino de los cielos. Porque el cristiano es un ciudadano de la patria celestial, forastero y peregrino en este mundo, en cuyas posadas no hay lugar para él.

El cristiano vive, viaja y muere en la Bienaventurada Esperanza de que Cristo ha de volver para llevarle con El hacia el país de la gloriosa promesa. En esta Bienaventurada Esperanza durmieron y descansan nuestros muertos, cuyos sepulcros miran hacia la salida del sol, hasta el romper del alba, cuando aparecerá la Estrella de la Mañana.

La ciudadanía cristiana es anticipadamente una ciudadanía celestial; "nuestra vivienda está en el cielo, de donde también esperamos a nuestro Señor Jesucristo, Salvador nuestro el cual transformará nuestro vil cuerpo, y le hará conforme al suyo glorioso, con la misma virtud eficaz con que puede también sujetar a su imperio todas las cosas". (Filip. 3, 20; conf. I Tes. 4, 12 sgs.).

Hacemos bien en recordarnos mutua y constantemente esta verdad fundamental, que orienta nuestra vida en medio de las muchas tribulaciones y lágrimas con que el misterio de iniquidad va desbordando el mundo.

Cristo, el Hijo Unigénito del Padre, es el verbo que se hizo carne, y habitó en medio de nosotros. En El estaba la Vida, la plenitud del Reino, y la Restauración de todas las cosas.

En el mundo estaba y el mundo fué hecho por El, y el mundo no le conoció.

Sólo en y por el conocimiento de Cristo, el mundo podía liberarse del misterio de la muerte y del pecado, y de la esclavitud de Satanás. Porque "la vida eterna consiste en conocerte a ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste" (Juan, 17, 3) y "Yo soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá, y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá jamás" (Juan, 11, 26).

Pero: Cristo, la Resurrección y la Vida, estaba en el mundo, y el mundo no le conoció. Y el mundo no le conoció, y quedó sujeto a la esclavitud de Satanás, porque su pueblo, la jerarquía de la antigua Sinagoga le rechazó. "Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron" (Juan, 1).

El pueblo Judío rehusó a Aquel que vino a ofrecerle el Reino, y la restauración de todas las cosas.

Al nacer no había lugar para El en la posada, y María le acostó en un pesebre prestado; en su sepelio se le colocó en un sepulcro prestado, porque no poseía un palmo de terreno; y entre el pesebre y el sepulcro es verificó una estancia en la que el Hijo del Hombre no tuvo dónde descansar su cabeza. "Las raposas, —dijo Jesús—, tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza".

Los príncipes y sacerdotes del pueblo rechazaron al Hijo de David; en nombre de su tradición rabínica levantaron en alto a Aquel en quien se hallaba la plenitud de la Promesa divina y el cumplimiento de todas las profecías; pero en este triunfo de una Sinagoga, caída en las manos de Satanás, obró el Poder de una Misericordia que nunca falla, y que todo lo convierte en bien para aquellos que la buscan con un corazón sin doblez.

Por esto dice San Juan: "Pero a todos los que le recibieron, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su Nombre, los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino de Dios" (I, 12).

Cristo, levantado en alto, en las afueras de la Jerusalén terrenal, abrió en su Corazón traspasado la puerta, que dará entrada en la Jerusalén celestial, a todos aquellos que reconociendo su miseria, acuden a El.

Cristo es el Buen Pastor que guía con su Voz, anunciando la Buena Nueva del Reino de los cielos.

Cristo es el Buen Pastor que muriendo en la Cruz, redime a todas sus ovejas porque da su Vida en propiciación de sus pecados.

La iglesia jerárquica que Cristo fundó sobre Pedro, es el instrumento con que Cristo a través de los siglos y hasta la consumación de la presente edad congrega en un cuerpo a todos los hijos dispersos de Dios. Y a pesar del misterio del Anticristo, que desde el principio está obrando entre nosotros, (I Juan, 2, 18 sgs.) la Iglesia no puede fallar en esta tarea, y hasta que el número de los escogidos sea completo, y todos los Hijos de Dios hayan entrado, todas las tentativas de los infiernos se estrellarán contra la Roca de Pedro, que está bajo la infalible asistencia del Espíritu Santo.

Así el delito de los judíos, ha venido a ser nuestra riqueza; y donde la antigua sinagoga rehusó una residencia terrenal, a Aquel que había venido con todos los derechos para ser su Rey, Cristo levantado en alto compró con el precio infinito de su Sangre la carta de una ciudadanía celestial para todos aquellos que creen en su Nombre, rescatándoles para una patria mejor. Esta carta nos ha sido dada por el Bautismo en el agua y en el Espíritu Santo; porque el Bautismo implica el renacimiento celestial.

Esto dijo Jesús a Nicodemo: "En verdad, en verdad te dijo: A menos que el hombre naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios... A menos que el hombre renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos" (Juan, 3, 3-5).

Por el bautismo el hombre renace como ciudadano del Reino de los cielos, por el bautismo el hombre viene a ser otro Cristo, y hechura suya.

Si en el mundo no había lugar para Cristo, tampoco hay lugar para el Cristiano; "Si el mundo os aborrece, dijo Jesús a sus discípulos, saber que primero que a vosotros me aborreció a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de aquella sentencia mía, que os dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido a mí, también os han de perseguir a vosotros; como han practicado mi doctrina, del mismo modo practicarán. Pero todo esto lo ejecutarán con vosotros por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado" (Juan, 15 18).

De ahí que nuestra carrera terrena tiene que ser un facsímil exacto de la de nuestro Señor. Una carrera de extranjero y peregrino, una carrera de destierro, más bien que una de exaltación y brillo; una carrera humilde, de desprecio y de rechazo antes que de poderío; por eso Jesús nos invita a hacernos niños, a renunciar a nosotros mismos a vaciarnos de nuestras propias ideas, llenándonos con los suyos, para que pensando como pensó El obremos como obró El.

El cristiano tiene que compartir la suerte de Cristo, el despreciado, desechado, condenado, perseguido, proscripto y desterrado de este mundo.

Este es su gozo, porque es su sello.

El verdadero cristiano no espera nada de este mundo, y no fornica con los reyes príncipes, sabios y poderosos de esta tierra. Porque todo lo espera de Dios mediante Jesucristo, nuestro Señor y único Salvador.

El no cree en la solidaridad que nace del mundo, porque todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida" (I Juan 2, 16).

El cree solamente en la solidaridad que nace del Espíritu Santo, en aquella solidaridad que nos reveló Jesucristo, cuando rezando dijo: "Pero no ruego solamente por éstos (mis discípulos) sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación, para que todos sean unos, y que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado... Yo estoy en ellos, y tú estás en mí; a fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado, y has amado a ellos como a mí me amaste" (Juan, 17, 20 sgs).

Es muy difícil encontrar hoy en día un cristiano que entienda todavía algo de estos grandísimos misterios. Casi todos tratan de instalarse bien aquí abajo. Son ciudadanos celestiales que no sufren ninguna nostalgia por su patria verdadera.

El verdadero cristiano, el que vive de su Bautismo, tiene su vivienda en los cielos; su vida está escondida con Cristo en Dios, y se desarrolla según los modales de su propia corte y etiqueta celestial.

La obscuridad, la reprobación, el destierro, las pruebas, las persecuciones ahora en este mundo, "porque el discípulo no es mejor que su Maestro"; pero la manifestación, la vindicación, el triunfo cuando venga Jesús el Rey, otra vez en gloria y majestad, para darnos el Reino.

Porque: "si sufrimos, también reinaremos con él" (Tim., 2, 12) y este otro: "cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Col., 3, 4) "cuando apareciere el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria" (I Pedro, 5, 4).

Peregrinemos pues sostenidos por la fe en Jesús, una fe que obrando por la caridad, nos hace vivir en la Bienaventurada Esperanza de la gloria que ha de venir, cuando venga Jesús para llevarnos con El, y para conducirnos en su Reino.

*Antonio van Rixtel*



# Hacia un mundo mejor

LOS adagios populares atesoran un fondo de verdad indiscutible, y muchas veces no son sino un principio filosófico, expresado en la forma liana y simple con que el pueblo concibe y expresa. Así, pocas frases existen de una veracidad tan universal, como aquella de "queno hay mal que por bien no venga".

Estas líneas se me ocurren, pensando en el mundo mejor que ha de suceder a la inmensa hecatombe actual en que la humanidad se debate: pensando en ese mundo de la postguerra en que todos soñamos, y que anhelamos todos: mundo en que el amor, y la justicia, y la verdad, y la sinceridad constituyan el más preciado timbre de honor de los hombres, y el blasón más bruñido de los pueblos.

Los conceptos y sentimientos morales colectivos avanzan muy lentamente, por lo menos en la práctica de los mismos, aunque en definitiva avancen. Línea ondulada que sube y baja, pero siempre en dirección hacia un nuevo horizonte de luz. Hay que romper muchas rutinas; hay que diluír en la nada muchos prejuicios; hay que pulverizar muchos egoísmos que ahincan sus esfuerzos por no perder sus ventajosas posiciones.

Desde que Jesús enseñó que todos los hombres somos hermanos: "Padre nuestro que estás en los cielos", hasta la abolición definitiva de la esclavitud en los mismos pueblos que se llamaban cristianos, más de mil ochocientos años pasaron. Hoy nos parece una verdadera vergüenza humana, un ignominioso baldón, que haya existido la esclavitud: un poco más de cien años atrás, aún existía en algunos pueblos civilizados.

La guerra dentro del mal, del diabólico mal que significa; de la satánica perversión de quienes hayan sido los culpables, traerá en pos de sí no sólo un resurgimiento en las esferas intelectuales por los nuevos descubrimientos y perfeccionamientos de lo ahora existente, sino lo que es muchísimo más importante, traerá como huracán que purifica la atmósfera, un mundo de mayor comprensión recíproca; de más excelso amor; de más verdadera y nítida justicia, y por tanto de más verdadero cristianismo. Caerá estrepitosamente todo el mundo de farsa, y de mentira, y de hipocresía, y de vergonzoso convencionalismo social en que vivíamos envueltos; y caerá crugiendo por carcomido y apolillado todo el sistema económico social en que el capitalismo vive succionando la sangre del pueblo; en que la riqueza humana hállase tan inicuamente distribuída; en que al proletario se le dice que goza de libertad, pero de la libertad de morirse de hambre; en que no hay sanción ni civil ni política ni social para el vicioso o corrompido; en que el Estado le dice al pobre que debe tener muchos hijos para la patria, pero no le da los recursos para mantenerlos y educarlos.

Todo eso ha de pasar como negra pesadilla, para que llene el espacio el nuevo sol; sol de mayor y leal fraternidad y de menor mentira en el desenvolvimiento humano; sol que mostrará la ridícula vanidad de las insignias sobre el pecho, y de

las pomposas vestimentas, y de los hilarantes títulos nobiliarios; sol de un nuevo día que llenará de más pura luz esta tierra que Dios hizo, para que, mediante el trabajo, todos los hombres la gozaran. Y cada cual será lo que en realidad es, y no precisamente lo que aparenta ser, apariencia a veces tan distante de su realidad. Y el gozo del mundo dentro del amor, de la paz y de la justicia, será un anticipo del gozo eterno, ya que tal es el destino de hombre.

Bien sabemos que para muchos, esto no pasa de ser una deliciosa ilusión, una aspiración bien intencionada, un puro sueño; nunca algo a lo cual pueda llegarse. Claro que no será una realidad absoluta o siquiera superlativa; pero sí y por lo menos relativa, respecto al mundo en que actualmente existimos.

Todo lo que es grande en el orden humano o en el divino, un día pareció sueño a los miopes encastillados en su torre de marfil. Un sueño de locos era la empresa de Colón. Un sueño de locos el paso de la cordillera por San Martín. Un sueño de locos la conversión del mundo por doce pescadores. Un sueño de pobre histérica la devoción al Sagrado Corazón con que enriqueció a la Religión Católica Margarita de Alacoque. Siempre fueron locos o soñadores para muchos, los que intuyeron algo grande, o algo que significaba cambio de posiciones. Siempre en su momento, pasaron por sensatos, o reflexivos y conspicuos y equilibrados, los que viven cómodamente en sus sibaritismos, y los pusilánimes que en su orgullo reconcentrado juzgan ser sensatez lo que apenas es incapacidad de visión o falta de coraje. Siempre la humanidad substancialmente fué la misma: son los que, como en el antiguo testamento, atisban cuando llega un profeta que dice su verdad, para matarlo a pedradas; cuando llega un apóstol para matarlo si es posible en la cruz o en la hoguera. Juana de Arco murió en la hoguera por herética, hechicera, deshonesta relapsa, condenada por los conspicuos; pero fué la salvadora de Francia y hoy es la santa de los altares.

Los soñadores de hoy, los que dicen la verdad que a tantos duele, son los que luego venera la historia.

Pero ya, loado sea Dios, nadie se atreve a propugnar que ese mundo mejor que esperamos constituya tan sólo un fantástico sueño, a no ser algún ególatra o Sardanápalo. La conciencia ya está hecha. Desde los papas que luchan por un mundo mejor con todo el denuedo de su alma y de su augusta majestad, hasta el último paupérrimo analfabeto cuya angustia le grita que todo debe cambiar: desde los gobiernos más poderosos que ya están deliberando sobre los problemas económico-sociales de la postguerra hasta los más modestos estados, todos tienen la conciencia hecha, de que debe llegar un cambio fundamental. Y si todo el mundo piensa así, ello acaecerá, porque es convicción e instinto; verdad divina y humana. Amaos los unos a los otros. Padre nuestro que estás en los Cielos.

Y habrá una mayor solidaridad humana, solidaridad cuya ansia y cuyo contenido día a día se acrecienta. Y estando condenados como lo están los regímenes totalitarios que sólo pueden aceptarse como de emergencia, ya que es falso que la totalidad del hombre deba ser absorbida por el Estado, vendrá la democracia compenetrada del espíritu de Cristo para cuyo ejercicio, justo es decirlo, se necesitan también hombres y pueblos capacitados; y entonces resonará en todas las latitudes con ecos que serán un himno de íntima satisfacción, el... Padre nuestro que estás en los cielos... ni sólo tuyo, ni sólo mío; de todos; todos hermanos; como lo enseñó el blanco Nazareno... Padre nuestro que estás en los Cielos...

*Alfonso Durán*

# *El año futbolístico en la Argentina*

## *Para que la solidaridad en el deporte más popular, sea un hecho en Sudamérica*

*El fútbol, el más popular de los deportes, ha cumplido otro año de vida, al terminarse el campeonato oficial, consagrando un nuevo campeón, "Boca Juniors", nombre ya familiarizado con el título máximo. Este club ahora se encuentra en gira paseando la gallardía y caballerosidad del fútbol de nuestro país, en jornadas que, sin duda, fortificarán los lazos que unen a las juventudes americanas tan afectas a las viriles manifestaciones deportivas.*

*El campeonato en sí, se ha desarrollado casi normalmente, digo casi porque en varias oportunidades se ha agudizado un problema que afecta al fútbol argentino desde hace bastante tiempo: la falta de un cuerpo de jueces competentes. ¡Cuántos partidos que hubieran sido magníficas fiestas del músculo, verdaderas justas deportivas se han visto malogrados por arbitrajes deficientes! y últimamente. ¡Quiera Dios que sólo hubiera sido habladuría de malos deportistas! Azotó el campo una verdadera tempestad!: ¡el soborno!*

*A lo largo de treinta fechas dos equipos demostraron cualidades sobresalientes, luego de cuatro o cinco fechas River Plate, último campeón encabezó la tabla de posiciones acompañado casi siempre por un cuadro muy simpático que venía de pasar una temporada en el campeonato de 2ª de ascenso, para regresar al año siguiente o sea en 1943 a la primera y dar una prueba acabada de entusiasmo y espíritu de lucha. Rosario Central; así llegamos a la segunda rueda en la que el bravo conjunto rosarino comenzó a decaer y River a gozar ya solo de los halagos del 1er. puesto.*

*Después de 25 fechas. un 26 de septiembre, el actual campeón Boca Juniors lo vencía ajustadamente: 2 a 1 en su cancha, gracias a los buenos oficios de Severino Varela uruguayo que como otros jugadores sudamericanos han recibido con justicia, el afecto de los aficionados argentinos. Desde entonces comenzó una puja entre estos dos equipos, lucha que sólo encontró definición en la última fecha del certamen en el "field" de F. C. Oeste y después de 80 minutos que perdurarán como recuerdo de angustia en la memoria de los "boquenses".*

*Los otros equipos cumplieron campañas irregulares ocupando el 3er. puesto San Lorenzo de Almagro.*

*En muchos equipos hemos podido admirar varias figuras representativas del fútbol sudamericano, que no sintiendo para nada el cambio de país, sólo supieron que estaban en su tierra: América, "crisol de razas" y derrocharon entusiasmo mereciendo la confianza que en ellos depositaron una y otra vez dirigentes. compañeros y simpatizantes. El campeón, que ya en 1916 gracias al zaguero José Benincasa y otro uruguayo, evitaron el descenso de la entonces juvenil institución, supo lo que era albergar en sus filas jugadores extranjeros, y en temporadas sucesivas muy especialmente desde la implantación del profesionalismo en 1931 desfilaron vistiendo los colores de Boca jugadores como Fleitas Solich, paraguayo, iniciador de la embajada que luego tuviera valores de la calidad y caballerosidad de Benítez Cáceres, diestro futbolista y caballero en la cancha, Erico y otros. Brasil nos envió para solaz de los amantes del buen fútbol a Domingo Da Guía, Moisés, Bibí y los hermanos Da Brito, Petronilo y Waldemar que jugaron en San Lorenzo. Uruguay, verdadera joya americana del fútbol, ganador de tres campeonatos mundiales, Colombres, Amsterdam y Montevideo, hizo llegar a nuestra orilla lo mejor de sus equipos que tanto lucieron en los memorables campeonatos sudamericanos, justas de hermandad americana donde siempre prevaleció, salvo en muy aisladas oportunidades en que desgraciados accidentes empañaron el verdadero brillo de la fiesta, el propósito de solidaridad americana.*

*Pedro E. Scoltore G.*

# NUESTROS Representantes

**Señor Juan Antonio Corlazzoli**
Calle Andrés Cheveste 1405
MONTEVIDEO — URUGUAY

$ 5.60 argentinos
$ 2.65 uruguayos

●

**Doctor Carlos Alberto Nogués**
Calle Sebastián Gaboto 427
ASUNCION — PARAGUAY

●

**Señor Melanio Fernández**
Director de "Los Principios"
Calle Santa Fe 826
ROSARIO de Santa Fe

●

**Sr. Ernesto M. Genesio**
Calle Rosario 3135
SANTA FE

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. Por L. CL. Fillion. Editorial Poblet.

Esta exposición histórica, crítica y apologética de la "Vida de Nuestro Señor Jesucristo" escrita por el sacerdote de San Sulpicio L. CL. Fillion, veterano profesor de Sagrada Escritura y consultor de la Comisión Bíblica Pontificia; es a nuestro juicio una de las mejores obras sobre el Salvador del Mundo, publicadas en lengua castellana. En 2 volúmenes de más de 600 páginas cada uno, el autor desarrolla en forma científica la Vida de Jesucristo de un modo particular y propio que abre nuevos horizontes.

Es, desde luego, un trabajo de alta crítica en el que se demuestra con método claro (que no deja lugar a duda), la autenticidad, la integridad y la credibilidad de los documentos aducidos.

"No es de poca importancia —dice el autor en el Prólogo— que los católicos instruídos puedan dar razón de su fe en Nuestro Señor Jesucristo tal como está descrito en los Evangelios, con su nacimiento sobrenatural, sus milagros, su enseñanza, su divinidad". Orígenes desarrolló muy bien este pensamiento: "No aconsejamos que los investigadores más aptos y de mayor ingenio se contenten con la fe sencilla y poco razonada cuando se ocupan de la historia de Jesús tal como la exponen los evangelistas; deseamos probar que los que quieran estudiarla han menester de un juicio claro y circunspecto, de espíritu de investigación asiduo y que deben. por así decirlo, penetrar la intención de los escritores de modo que descubran el fin de cada hecho que narran".

Por lo que respecta a la exposición. que podemos llamar polémica, el autor historia los ataques, violentos a veces y renovados sin cesar, y contesta en forma concluyente y de un modo tan claro que en esto francamente nos parece se coloca al frente de todos los apologetas.

Porque L. CL. Fillion sigue las objeciones hasta en sus últimos reductos demostrando que muchas de ellas se deshacen con sólo la explicación natural de los textos evangélicos y otros no resisten un estudio serio por su natural inconsistencia. La neocrítica encuentra en esta obra un golpe decisivo.

Por otra parte, hay en la obra multitud de indicaciones bibliográficas tanto de libros que confirman las apreciaciones del autor como de otros que son opuestos a éstas o que atacan.

Criticar o comentar esta obra con la amplitud que ella requiere, escapa a los estrechos límites de esta "sección" porque en ella aparecen multitud de otros aspectos: geográficos, psicológicos, literarios, filosóficos, teológicos y aun místicos cuya sola enumeración necesitaría muchas páginas.

Nos cumple recomendar vivamente esta obra, a cuantos con sinceridad deseen conocer a fondo la vida del Salvador del Mundo y sobre todo a los que deban enseñar religión, moral y aun cualquier aspecto de la civilización de occidente.

Más aún: creemos que no se puede prescindir del conocimiento de esta obra en una época de tanta superficialidad en todos los órdenes.

La editó con toda proligidad Poblet: Córdoba 844, Bs. Aires.

*Mariano Gómez Tagle*

"MÁS ALLÁ DEL NACIONALISMO". Por Tierry Maulnier. Editorial Herrera.

Este libro de palpitante actualidad, prologado por la vigorosa pluma de César E. Pico, responde a problemas de la hora presente que no deben ser preteridos por nadie que se precie de culto.

"Si algún día han de conciliarse la justicia y la paz —según texto del Salmista citado en el prólogo— habrá que preparar antes sus caminos. Tal advenimiento importa una sapientísima acción política que estructure sólidamente el Estado y labre su seguridad y su grandeza espiritual".

Del prólogo puede ya deducirse la importancia de esta obra y el interés que despierta. Podríamos no estar de acuerdo con algunos puntos de vista. pero la obra es utilísima para todo hombre público porque entraña enseñanzas y orientaciones de cuya consideración no se puede prescindir. Traducida por Alberto E. Berro y presentada en forma impecable, la distribuye la Librería Huemul: Santa Fe 1717, Bs. As.

*Agustín Castagneto Girola*

# *América, el triunfo de la España Misionera*

ACASO no haya nación del mundo ni época de la historia que ofrezcan un ejemplo semejante al afán apostólico de España y de sus reyes. Y esto, en primer lugar, por su espíritu cristiano y por su genuino sentido católico; y luego, por la obligación de justicia con que *cargaba su conciencia* la Bula de Alejandro VI.

"Todos los escritores —ha dicho el historiador alemán Freytag— eclesiásticos y seglares, antiguos y modernos, convienen en que la evangelización misionera fué en la colonización española, no algo accesorio, sino *factor principal y esencial*".

Para Lucas Ayarragaray fué también *en esencia* el ideal religioso el elemento histórico *fundamental.* Dell'Oro Maini pronunció en el Colegio del Salvador estas notables palabras: *"La patria colonial es el triunfo de la civilización cristiana* en el nuevo mundo... Hacer historia prescindiendo de esta realidad que nos dió vida, es ahogar la verdad". Y con claridad meridiana la voz nada sospechosa de Fernando de los Ríos: "Estado e Iglesia se fusionan, dividiéndose los menesteres, pero coordinando las acciones. El Estado se reconoció a sí mismo, de acuerdo con los ideales de San Agustín, enfeudado a la realidad trascendente que la Iglesia representa; no se estimaba fin en sí, sino órgano intermediario para finalidades superiores".

Tal es la conclusión evidente que se desprende con lógica férrea: de la Bula del Papa; de las cédulas reales, instrucciones a Virreyes y Gobernadores, capitulaciones con Capitanes y Adelantados, erección de Diócesis y ciudades; de las Leyes de Indias; de las mismas cartas y relaciones particulares; del modo de obrar perenne; del resultado final de la actuación hispana en todas partes. De suerte que quien tal vez ha estudiado más concienzudamente hoy el asunto, el P. Constantino Bayle, S. J., estima que España se adelantó con mucho a la obligación; que más insistencia, más recomendaciones, más amor y celo que el suyo, no es posible...

El alto voltaje de ese celo apostólico lo indican bien claro aquellas palabras de Felipe II al Emperador de China: "Estimaré en más ser instrumento de vuestra salvación y de la de vuestros vasallos que ninguna otra cosa de las más preciadas del mundo". O la carta del Gobernador de Manila, Lavezares, en la célebre Embajada al Celeste Imperio —verdadero hilo conductor y única explicación posible de aquel laberinto de hazañas sobrehumanas en que la historia se vengó de la leyenda, luz que esclarece todo aquel grandioso panorama: "Les dirán (a los chinos) el grande y cristianísimo celo de S. M. en desear que ellos y *todas las gentes del mundo* vengan en conocimiento de un solo Dios verdadero, y que sea su santa Ley entendida y guardada, y *cómo para esto envía religiosos por todas las partes,* por más remotas que sean, desde sus reinos de Castilla"...

Y eso allí donde faltaba el cebo del dominio temporal y la Bula pontificia no cargaba la conciencia. Porque aquí... ya "no sirve para entender el Imperio que fundaron los misioneros la nomenclatura de los otros imperios que fundaron los piratas" (*Pemán*).

2. La historia no conoce cuadro tan sublime (en conjunto y en ese plano) como el de aquellos capitanes y soldados deshechos por caminatas inverosímiles, levantando la Cruz que los proteja, o entonando el *Te Deum* "con lágrimas de muy alegre devoción y suplicando a Jesucristo y a su muy gloriosa Madre la Virgen Nuestra Señora y al Apóstol Santiago —a la vista de nuevos mares y reinos desconocidos— les dejase ver y descubrir los grandes secretos que se esperaban, para ensalce mayor y aumento de la fe cristiana y la conversión de los naturales indios". Hasta tal punto entrevían el alcance más que humano de sus prodigiosas hazañas; y, sosegadas las pasiones por la misma solemnidad del acto, sienten su destino providencial de gastadores del Evangelio, y presienten que el mundo que las Tres Carabelas arrebataron a los mares, ellos, *los verdaderos conquistadores,* lo sacaban a la luz del Cristianismo.

Porque cuando se ahonda en los hechos, sin mirar tan sólo lo que nada a sobrehaz ni entretenerse morbosamente en los desmanes inseparables de toda obra humana —y más cuando el cebo del oro, la rudeza de la lucha a muerte y lo inestable de las primeras horas ponían tantos tropiezos en el camino ya de suyo tan difícil— pasma cómo en la mente de todos los capitanes y aun de los mismos soldados —convertidos a menudo en verdaderos catequistas— unificando y vivificando el conjunto abigarrado de empresas e intereses, brilla nítido un ideal común, que es el de toda España —Corona y pueblo—: el orgullo santo de ser los paladines del Rey eterno en la obra única de cristianar América. Habría que enumerarlos a todos: Desde Cortés, de quien dice Fray Pedro de Gante que "fué parte o casi todo para que el Evangelio de Dios fuese tenido y reverenciado", y que más de una vez arriesgó su vida para destronar ídolos y entronizar a la Virgen: desde Valdivia, que, aun entre las calamidades espantosas que se padecían en Santiago de Chile, procuraba apaciguar a los indios y "atraerlos al conocimiento de Dios Nuestro Señor con instrucción en la doctrina cristiana y algunos principios de policía"... hasta el incomparable Pedro Menéndez de Avilés, conquistador de la Florida (donde quería sobre todas las cosas de este mundo acabar sus días salvando almas) que escribe a Felipe II y a San Francisco de Borja como les podían haber escrito Santo Toribio de Mogrovejo o San Francisco Solano.

Pues la conquista espiritual del Continente por la Madre Patria no fué obra exclusiva de los frailes y clérigos seculares, ni de la jerarquía eclesiástica; sino de *todo el pueblo español*: cuyas naves y espadas, arados de la Providencia, abrieron surcos a la Verdad en mares ignotos y tierras inmensas; cuyos reyes reclutaron, sostuvieron, dirigieron y organizaron las huestes misioneras en nombre del Papa y como Vicarios suyos; cuyos soldados conquistaron a los indios y les quitaron los ídolos y les dieron a entender la verdadera fe, en que ponían su principal gloria, hasta el punto de considerarse medio mártires a los que morían en la empresa "por servir a Dios y a S. M. y dar luz a los que estaban en tinieblas"; cuyos Obispos y religiosos difundieron el Evangelio con una profusión y heroísmo jamás igualado, y cuyas leyes —aquellas Leyes de Indias que al Obispo historiador Piedrahita le parecían hechas por manos de ángeles— le dieron orden y firmeza con una sabiduría y caridad simplemente maternales.

Tenemos aquí toda una nación colaborando con la Iglesia, por una especie de mandato oficial aceptado en conciencia, en la propagación del Evangelio. ¿No será éste un caso peregrino de extricta Acción Católica?

3. Volvamos la mirada hacia los siglos XVI, XVII y XVIII, en que, si suponemos por un momento aniquilado el imperio español y su obra —que era casi todo el mundo misionero— se habrían apagado de golpe las lámparas de los sagrarios de medio planeta; la Eucaristía habría dejado de ser, geográficamente, la luz del mundo, y la profecía de Malaquías: "Desde Levante a Poniente y en todo lugar se sacrifica y ofrece una hostia pura", que gracias a Portugal y España (la España total) llegó a su pleno cumplimiento, habría vuelto a ser de nuevo nada más que una dulce esperanza. "Cuando el religioso agustino —escribe Astrain— levantaba su altarcito allá en las costas escabrosas del archipiélago de Filipinas; cuando el franciscano se disponía a celebrar la misa en los bosques espesos del Paraná; cuando el jesuíta levantaba una humilde capilla cubierta de paja entre los lodazales del Marañón, en todos estos casos el misionero abría su cofre y sacaba de allí el ornamento regalado por el Rey de España, y cuando, después de celebrar la santa misa, dejaba en humilde sagrario de madera a Jesús Sacramentado, el Rey de España encendía y sustentaba la lámpara que en aquellas soledades debía arder constantemente en presencia de la Majestad de Dios oculta en el Sacramento".

Que la era misional moderna, el ansia cada vez más viva entre los que disfrutan la luz del Evangelio, de que todas las almas participen de los beneficios de la Redención, a España (a lo menos en su mayor parte) se debe. El espíritu apostólico, que en otras partes de la Iglesia languidecía un tanto, arraigó portentosamente en España hasta empapar la médula de la raza.

Fuera de la edad apostólica en que las misiones eran toda la vida de la Iglesia, bien pocas pueden compararse a la España

de entonces, hasta el punto que el peso enorme, que debió soportar toda la Cristiandad, vino a caer casi todo sobre hombros españoles. Ni se economizó personal ni se perdonaron gastos, ni el pueblo pagaba otros tributos con más gusto ni los gastaba más contento el gobierno: de suerte que hasta en el prosaico y economista siglo XVIII escribía el Marqués de Ensenada al Virrey Revillagigedo: "No se detenga en gastos tocantes a misiones, iglesias y doctrinas, porque todo es necesario para satisfacer la conciencia y obligación de su Majestad de preferir estos gastos a cualesquiera otros; porque más servicio hará a S. M. en adelantar la conversión de las almas... que en enviarle todos los tesoros de las Indias".

Y de hecho el río de oro que de América pasaba a España, *volvía* de allí, en algunos casos con creces, para financiar la empresa evangelizadora, aun en regiones que no compensaban sino con almas. Autores competentes han calculado el gasto, sólo para América —procurando quedarse cortos— de 10.000.000 de pesetas anuales; en tres siglos: 3.000.000.000. Generosidad tan espléndida, en que ningún otro pueblo ha soñado, no ha podido ser igualada ni por la Santa Sede. Con lo que España gastaba en Indias hubiera podido sostener dos armadas poderosas —ya algunos pensaban esto entonces— con que habría hecho frente con fortuna a la escuadra inglesa y a los ejércitos franceses.

Bien se ha podido decir que España cayó por motivos que en gran parte son su gloria —si se ha de llamar caída el desangrarse para realizar esa obra gigantesca: una de las mayores de los 19 siglos de Cristiandad.

4. Ni es necesario saber historia, basta saber leer, para comprobar el celo religioso de los españoles en sus conquistas. Extiéndase un Mapa-Mundi antiguo; señálense los cabos, islas y ciudades con nombre de nuestros santos y misterios (cerca del 99 %; sólo de la Virgen como 2.000), y se habrá marcado la extensión y definido los límites de aquel imperio, que se confundía casi con las fronteras de la expansión misional de toda la Iglesia.

Ni era sólo el nombre —índice al fin muy revelador—; salta a la vista de las actas de fundación de ciudades cómo se quería que fuesen centros de irradiación cristiana, apoyo de misioneros, "para servicio de Dios, aumento de fieles y extensión de nuestra Santa Madre Iglesia", como dice Juan de Oñate, y como él más o menos todos. Baste citar a Garay, dando a Buenos Aires por escudo la Cruz de Calatrava, por "haber venido a este puerto con el fin y propósito firme de ensalzar la fe catótlica... para que desde aquí se extienda y se predique entre todos los indios naturales de estas provincias".

Y en el acta de la fundación de Córdoba, dice J. L. de Cabrera: "que, por cuanto las cosas que tienen principio y fundamento en Dios Nuestro Señor permanecen y se aumentan... le encomienda la fundación de esta ciudad y la pacificación de los naturales de estas provincias, para que su Divina Majestad los traiga a verdadero conocimiento de nuestra santa fe católica".

Y nótese la aguda observación de Vicente Sierra: "Si sobre un mapa del mundo marcamos con tinta roja las tierras que colonizó España, deberemos manchar *íntegramente* el continente americano donde ella actuó, así como las Islas Filipinas. Si marcamos las tierras conquistadas por otros pueblos, nos bastará manchar *las costas...*" Al contemplar los mapas así marcados, advertiremos la realidad de lo sucedido. Sólo España coloniza *íntegramente;* sólo ella penetra en las selvas, salva las montañas, vence los desiertos, se extiende en los trópicos y se establece entre las nieves. Es que lleva una misión, y en pos de ella busca a los seres humanos donde se encuentran, para decirles la buena nueva... que todos, sin excepción, poseemos una gracia suficiente para la Salud".

Y el P. Charles con toda su competencia de misionólogo dice expresamente: "Los españoles en todas partes aparecen como constructores: iglesias, catedrales, monasterios, hospitales, palacios de gobernadores, fuertes que defienden todo esto. Ellos crean, no mesas de cambio o factorías, sino ciudades permanentes. Su idea desde el principio, es la misma: *adquirir toda la región para la Iglesia Católica.* Filipinas y la América Española demuestran que *obtuvieron un resultado que nadie ha obtenido.*

No es, pues, de maravillar que haya escrito el jesuíta holandés Petters: "Españo-

les y portugueses han sido los grandes propagandistas de la fe y de la cultura cristiana *en todas las partes de la tierra;* y hubieran acabado por conquistar para Jesucristo, no solamente el Nuevo Mundo, sino Asia, Africa y Australia, si los enemigos de Roma y España, los protestantes holandeses e ingleses (y es holandés el que escribe), no hubiesen sembrado cizaña en los campos del Padre de Familia".

En realidad, por lo rápida y completa, teniendo en cuenta que misión entre los salvajes de América equivalía en muchos casos a la creación de la vida en todos los aspectos que no fueran el biológico —primero hay que hacerlos hombres y después cristianos, decía el Virrey Toledo— y comparando lo que España encontró con lo que dejó hecho, el estupor es incontenible, y es fuerza concluir con historiadores documentados: que civilizadora como España y misioneros como sus religiosos "no los ha visto el mundo". El Hijo del Trueno había dado también aquí a su caballo una marcha impaciente y ambiciosa: con ella su pueblo ha realizado el milagro de que "la luz del Evangelio se corriera del uno al otro confín con la rapidez del relámpago y Cristo, llevado por las espadas conquistadoras, se adueñara de América en conquista que, en comparación con las otras, con todas las de la historia eclesiástica, no reconoce parangón" (C. Bayle).

¡Peso enorme el de esta gesta en favor nuestro al ser juzgados por la historia —no por la ignorancia, la envidia o la pasión, sino por la historia— y sobre todo cuando nos juzgue Dios!

Para ver el colmo de la injusticia con que se ha tratado a la Madre Patria, aun por historiadores que se llaman serios —quizá porque con toda seriedad y aun con una simple frase malhumorada pretenden echar por tierra instituciones y sistemas que no han sabido comprender en su propio medio— échese una mirada a los indios de América, y se verá que, después de un siglo y con la multiplicidad de medios modernos... "el área de evangelización más bien se ha contraído que ensanchado desde entonces acá".

5. No satisfecho el español con la evangelización de América y Filipinas, aun roturó otros campos. Al paso salen China, la Indochina, las islas incontables del Pacífico, y sobre todo Japón con la prueba más sangrienta y la cosecha de palmas más exuberante (si exceptuamos la española de hoy). Español fué —enviado oficialmente por nuestro hermano Portugal— San Francisco Javier, "el hombre más grande en su línea que ha tenido la Iglesia de Dios" (Astrain); "comparable sin duda con los mismos Apóstoles" (Benedicto XV); cuya *divina impaciencia,* celeridad de conquista, audacia en las empresas y universalidad de miras, delatan claramente al sucesor de Pablo y de Jacobo.

Española fué por su origen y primer impulso la Congregación de Propaganda Fide —Estado mayor del Ejército de conquista de la Iglesia— esbozada ya en la Edad Media por Raimundo Lulio; propuesta ya a San Pío V, en 1568, por San Francisco de Borja y el Embajador de Portugal, Don Alvaro de Castro; ensayada por el sacerdote valenciano Juan B. Vives; establecida definitivamente por los esfuerzos en gran parte de los carmelitas españoles.

Española, la Compañía de Jesús, la Orden Misionera por excelencia, la que más ha influído —por la figura fascinadora de San Francisco Javier, por su Apostolado de la Oración, por sus Congregaciones Marianas, por sus Revistas, etc., en que el espíritu apostólico penetre en la masa; la que fué el instrumento más adecuado para la realización integral del programa de la Conquista, de las ansias que se rezuman de las Leyes de Indias; la que con sus Reducciones de los Mojos y del Marañón, de Sinaloa y de California, del Gran Chaco, del Paraguay y de casi todo el territorio argentino, escribe el capítulo final y más glorioso de la epopeya misionera hispánica: el de la conquista sin armas, el que desde los primeros días estuvo siempre en el pensamiento de los Reyes, como lo evidencian múltiples ensayos y la realidad magnífica de la evangelización de Filipinas, iluminada por el fulgor sereno de las *Relectiones* de Vitoria. ¡Gloria purísima, las Reducciones, de la Iglesia, de la Compañía, de España!... La más apostólica de las Ordenes, la más eficaz institución de las misiones, el más grande misionero: son antiguos y son modernos: el combate por ellos iniciado perdura todavía....

6. El problema básico del Clero Indígena —ápice de la moderna misionología—

se vislumbró ya en los mismos albores, como consta del Colegio de Tlaltelolco, inaugurado por el Virrey Mendoza y el Arzobispo Zumárraga; y de la escuela de latín de la Española, "para que los indios, después de en ella instruídos, enseñen a otros, y sigan, si quisieren después, la Iglesia, para ser clérigos o frailes". Es "la cosa en que mi pensamiento más se ocupa", decía el Arzobispo; y el Virrey escribía: "Si verdadera cristiandad ha de haber en esta tierra, ésta ha de ser la puerta". Parecen frases de los grandes documentos misionales de hoy... y fueron escritas hace cuatro siglos. Y así se obraba en Filipinas, así S. F. Javier en la India y Japón, así los dominicos españoles en el Celeste Imperio, donde en el siglo XVII pudieron presentar el primer Obispo chino.

En cuanto a la enseñanza *colonial*, tan denigrada por lo que Pemán ha llamado finamente "literatura de guerra", el P. Guillermo Furlong, que ha estudiado seriamente el asunto, después de advertir que la leyenda relativa a la rudeza de los colonizadores olvida que éstos venían de un país "donde las ciencias y las artes habían llegado a esplendores inusitados, donde la cultura, aun la filosófica, era algo tan del pueblo como lo son hoy las noticias de policía"... concluye: "a) La legislación española patrocinaba y dirigía la enseñanza primaria; b) Los conquistadores del Río de la Plata eran, por lo general, hombres de excepcional cultura y amantes de ella; c) Desde los primeros días de la Conquista se implantaron escuelas primarias doquier hubo población suficiente; d) Todo hace creer que la enseñanza impartida fué eficiente, sólida y despertadora de vocaciones; e) Era, ciertamente, cristiana y católica en la más plena y absoluta acepción de estas palabras". Y en otro lugar: "La escuela colonial, una en sus métodos y sistemas, y una en sus planes y programas, tuvo durante más de dos centurias una cohesión y consistencia magníficas, como fueron magníficos sus frutos... La *Escuela Argentina* fué próspera, popular, numerosa, maciza, gratuita, moral y católica *desde sus mismos comienzos coloniales*".

Vicente Sierra en su reciente obra *El Sentido Misional de la Conquista de América*, hace suyas estas conclusiones; nota que en los siglos XVII y XVIII se multiplicaron asombrosamente las escuelas en la Argentina, hasta anular casi por completo el analfabetismo; que (conviniendo con Furlong) la postración posterior, debida a las luchas de las invasiones inglesas y de la campaña libertadora, ha sido atribuída por ignorancia o por malicia a la *Colonia;* que la enseñanza inmediata a la Independencia siguió siendo religiosa.

Porque "la enseñanza laica vino con la inmigración, vino con el electoralismo, vino con la explotación capitalista del país, vino con la deshispanización de la patria, vino con su desargentinización".

No hablemos de las gloriosas Universidades (17 en América; en Filipinas, la dominicana de Sto. Tomás, aun hoy la mejor del Archipiélago); ni de los Colegios, ni de la educación artística en canto e instrumentos, superior en extensión, ya que no en intensidad, a la de otras partes... y terminemos con el norteamericano E. Gaylord Bourne: "Así la Corona como la Iglesia mostráronse solícitas en la educación de las Colonias, y se dictaron leyes necesarias para promoverla en *escala tan amplia como fuese posible*, y desde luego superior a la de las colonias inglesas".

La conclusión del P. Bayle, es que la instrucción primera estaba más extendida en la América hispana que en Europa, y que el interés de los Monarcas por la educación del indio (y los medios puestos) dejó muy atrás al que tenían los gobiernos europeos por sus propios súbditos.

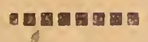
7. Finalmente, el Real Patronato, por el que el Papa constituyó como en *Vicarios suyos* para América y Filipinas a nuestros reyes —confianza pavorosa que a primera vista sobrecoge— en general, atendidas las circunstancias y la época, y no obstante los defectos —intrínsecos por su naturaleza y extrínsecos por los abusos explicables— fué en este mundo tan vasto y tan apartado de la Sede Apostólica, *auxiliar eficacísimo* de evangelización; "cauce por donde, si bien apretadas, se deslizaron puras las corrientes de la disciplina eclesiástica" y el manantial divino de la fe; los religiosos, verdaderos apóstoles; la conquista espiritual (que sin el Patronato aparece del todo improbable, por no decir moralmente imposible) se logró como en ninguna parte de la tierra, y la España de Santiago, al caducar el Patronato por cese del dominio temporal, pudo ofrecer al Sucesor de Pedro "un nú-

mero de conversiones como nunca, antes ni después, las ha visto la Iglesia" (Por sus frutos los conoceréis...).

Baste mirar a Filipinas —el único país católico y de civilización occidental de aquel mundo del Oriente— Filipinas en 1898 contaba 9.000.000 de neófitos; casi el doble por tanto de todas las otras misiones del mundo juntas, que no llegaban entonces a los 5.000.000. "Portento en la historia de las Misiones... España batió en Filipinas el récord de evangelización de los pueblos" (Petters).

Y, como se ha llegado a poner duda en el catolicismo español, o más en concreto, en su obediencia a Roma (por el Patronato precisamente que Roma concediera), nótese nada más que esto: a) Que las intromisiones del poder civil en asuntos eclesiásticos nunca afectaron realmente a la sumisión debida a la Cátedra de Pedro ni rozaron lo más mínimo la fe; b) Que esta fe y esta sumisión fueron siempre tan vivas, que en los mismos días del *saqueo de Roma* —cuando tantas eran las mútuas suspicacias— podía escribir el Nuncio en Madrid, Castiglione, que si el Papa iba a la Península *lo adorarían;* c) Que cuando la *Misión Muzzi* llegó al Continente, quedó maravillada de la reverencia que notaba en todas las clases sociales, en Buenos Aires, en Santiago de Chile y en todas partes; d) Que ni la herejía ni el cisma, ni siquiera los separatismos a lo galicano empañaron jamás la fe que España dejó en América —al fin como elegida especialmente por Dios, según el actual Pontífice en su Mensaje por la victoria de la Cruzada Nacional de Franco; e) Que, por último, Pío XI, en la visita de los reyes españoles al Vaticano en 1923, tomándole la palabra al Monarca, haciéndola suya y subrayándola más aún, le dijo textualmente: "Y os enorgullecéis al ser el soberano de un pueblo a quien ninguno ha superado, *como es verdad que ninguno le superó,* en su adhesión a la fe católica y a esta Santa Sede".

*A. J. Valdediós*



# ACLARACION NECESARIA

En la entrega anterior de SOLIDARIDAD publicamos una interesante carta del doctor Alfredo L. Palacios en la que el destacado estadista argentino agradecía al Pbro. Diego de Castro Ortuzar el envío del libro "Cómo comprender el Evangelio".

Ofrecimos al público también la carta-respuesta del Padre Ortuzar, puesto que sólo con la lectura de ambas cartas pueden comprenderse claramente los conceptos entrelazados que forman una unidad.

Debemos declarar al público, como acto de justicia, que el doctor Alfredo L. Palacios, de quien recabamos estas cartas, nos las ofreció con generosidad, y se negó terminantemente a cualquier clase de remuneración.

Gentes sin criterio, abusando de nuestra buena fe, insertaron en algún número atrasado la carta del destacado estadista sembrando equívoco entre el público y utilizando un inédito de esta Dirección, destinado al número 5 y que publicamos en la página 46.

Ajenos a este proceder, lamentamos el descrédito inculpable en que se ha colocado a nuestra Revista.

**La Dirección**

# A G U A F U E R T E S

## 1. - En defensa de Perogrullo

Respuesta a un filósofo

*Perogrullo es apenas ahora citado. No le consulta ni le recuerda nadie. Está desactualizado. Perogrullo ha muerto. Y, vea que es necesario Perogrullo. Yo de mí sé decirle que, cuando estudiante de filosofía quería aprender un asunto hasta el fondo, leía cuanto sobre el tema me venía a las manos. Así hice (¡Dios me haya perdonado!) con lo de la esencia y existencia, lo del acto y la potencia, y con algunas otras eminencias y monsergas más. Luego, deglutía la lectura inmensa, la rumiaba, y, si no me infartaba, la digería. Y al cabo me daba cuenta que se reducía todo a pocas verdades robadas a Perogrullo; y que no bien salía uno a campar fuera de lo perogrullesco se volvía el asunto problemático, nebuloso, cuestión de-a Vd. le parece así, pues a mí asá. Y de allí no se apea ni Vd. ni yo. Y cosa de nunca acabar.*

*Lo poco que en este mundo de cierto se sabe es sacado de los hondos de Perogrullo, tan hondos como los hondos de Taulero. Y lo que no lleva cuño perogrullero se convierte en gresca de bannezianos versus molinistas. Por eso ando tan encariñado con el italiano ese. Pues, si no me equivoco, es italiano Perogrullo, como Tomás de Aquino y Dante el gibelino.*

*Lo rico es que quien la emprende contra Perogrullo —¡y vaya Vd. con tiento!— acaba mal. Se suicida, se envenena, lo come un cáncer, lo abandona la señora, o algo que se parece.*

*Por eso he decidido yo vivir toda mi vida perogrullando. Como mi cientificismo es de primera napa, vale decir* baratieri, baratieri, *no puedo citar a Aristóteles, ni a Kant, ni a Kierkegaard, ni a Heidegger, ni a otras profundidades que tanto honran al que escribe. De aquí que me dedique al comentario, al* chimento, *a la bagatela que no precisa citas de Pascal ni de Maritain, que se sostienen tan sólo perogrullando.*

*Aquí me dice uno de esos que se despepitan por publicar hondísimas filosofías, y por dar versiones del Estagirita y del Aquinatense: Vd. se gasta en intrascendencias, en futezas, en filosofículas, en comentarios vacuos, tan poco serios que apenas aprovechan a nadie. Esto dice y nada más que esto. Pero aunque lo calla en sus adentros está gritando: "yo en cambio realizo la empresa inmortal de enseñarle al mundo la distinción real".*

*Bien está eso de la distinción real, bien está, y el mundo precisa de la distinción real como precisa del Padre Nuestro, de la Martona y de Niní Marshall. Porque no me podrán negar —y entra ya Perogrullo— quienes discuten la distinción real que a sus tiempos oran, beben leche y ríen con Catita.*

*Mas ahora vamos a lo hondo. Yo, señor filósofo, tengo a mis horas mis morriñas por haberme alejado de aquellas altas cimas de la filosofía a las que me aquerencié en tantos años de absorber su puro aire ozonado. Morriñas tengo, y no las he de negar, como morriñas me da no poder sentarme al piano con Chopin bien tocado, como enantes; sino que debo contentarme ahora con bagatelas, que no dan para más mis dedos; y morriñas tengo, sábelo Dios, de tanto golfo bello en que mi barca antaño bogó.*

*Pero de toda esa excelsitud me abstengo con gusto, porque —sabe Vd., y van dos perogrulladas— para ser filósofo precisa el dichoso mortal acorazarse contra la estupidez de las gentes. En sus soledades de Köenigsberg pudo Kant filosofar a gusto y provecho; y en el desierto risco de Engadina pudo Nietszche decir sus reciamente meditados disparates, y en su cuarto de soltero arisco Spinoza labró su panteísmo pegajoso. (Por suerte santos podemos ser en medio de papanatas. ¡Y cómo no, si hasta el mismo tonto puede ser santo! ¡Y anda por ahí tanto tonto santo, creo yo! Aunque: "Dios os libre, hijas, de los santos tontos", o algo así, decía Santa Teresa).*

*Para ser buen filósofo debe ser uno bas-*

*tante oso, soledoso y huidizo. Pero los filósofos necesitan perentoriamente de nosotros los comentaristas locuaces, porque somos la cabecera de puente que ha de hacer brecha en campo enemigo, y el machete paraguayo que ha de abrir picada en la selva magna de la estupidez.*

*El filósofo como Vd. posee el gran don de que se le discuta o se le niegue, pero no se le tergiversa ni malentiende. Vd. no tiene que enfermarse escuchando los mismos eternos resobados y manidos tópicos. No se ve forzado a oír cuchufletas contra el gobierno, ni contra los curas. No imagina las inepcias que cada día nosotros, pionners de la tontería, oímos sobre el celibato de los clérigos y sobre los automóviles del obispo.*

*Vd. no concibe hasta dónde nos llega a doler comprobar cómo las gentes en masa corren alucinadas tras la última moda. Y es lacerante el empeño de querer encender ideas en cerebros sin yesca, y pasión en corazones sin inquietud.*

*Esto de la gente que corre alucinada tras la última novedad trocada en moda es algo que envenena. Con furia repentina de galerna o de turbión o de tromba las gentes se contagian la galga, es decir, la sarna, de cuello a cuello.*

*Vivimos en un país simiesco. Y no me pida ejemplos de monadas. Las halla Vd. sueltas por la calle. Señor filósofo, es Vd. un ser privilegiado. Abismado en sus meditaciones subprofundas no puede imaginar la calaña de hombres entre quienes nos toca a nosotros lidiar y hacernos de ellos entender. Perdone que se nos pegue en la brega un poco de polvo.* Non indecoro pulvere sordidus. *Tolere que en las manos nos salgan callos y en el lomo mataduras; y que nos veamos precisados a hablar en parábolas, y que sin parábolas nada digamos; y que campemos lejos de las precisiones formales que pide el perínclito saber.*

*Pero sepa Vd., señor filósofo, que estamos resignados a la misión nuestra de gansos del Capitolio, obligados a graznarle a la cara al vendaval de incultura que se nos precipita encima, en tanto que duerme Vd. el sueño profundo de sus cavilaciones. Vd. se mueve pomposo y solemne como en el circo el farsante de las insignias; en tanto que nosotros nos movemos, entre veras y burlas, lágrimas y risas, como el payaso de las bofetadas.*

*Si no avanzáramos nosotros mar adentro en el océano de la estupidez, Vd., millonario de ideas, no sabría qué hacerse con sus tesoros. Pobre millonario, moriría atosigado, derretido de calor bajo los propios vellones intelectuales, como la oveja no aligerada por la esquila. No nos culpe pues de ligereza ni de ubicuidad.*

*Seres existen, yo conocí uno, que al abrazar a una persona o al darle la mano, perciben hasta un año antes que ella ha de morir. Les sienten olor a muerto, como dicen. Y el otro pobre al poco tiempo muere. Pues bien. A los filósofos argentinos les estoy tomando olor a muerto. Vd. verá qué les va a pasar. Citan mucho a Santo Tomás (que no está bien que se le manosee), y a Aristóteles. Y yo les tomo olor a muerto, pues a Aristóteles si no se lo mastica mucho produce infarto. Y, vea Vd., y es esto lo más perogrullesco que diré, quien no lea a Aristóteles a través de Perogrullo,* va muerto. *Por otra parte mucho me temo haya gentes por allí que alaban a Aristóteles con la boca pero que en sus adentros no lo pueden pasar, que sencillamente* "les carga el Aristóteles".

*¿Sabe Vd. lo que le ocurrió en su última hora al poeta Ventura de la Vega? Andaba en las postrimerías el pobre hombre cargado con un peso profundo, que quería echarse de encima para morir en paz con su conciencia. Reúne a sus hijos, les prepara el ánimo diciendo que quería confesarles algo que le había abrumado la vida entera y que hasta entonces callara por vergüenza y puro respeto humano; y les dice:* "Hijos de mi alma, me carga el Dante". *Vd., señor filósofo, se da perfecta cuenta que la frase del moribundo no salió así. Pues en vez del verbo cargar empleó otro parecido, muy español, mucho más enérgico, y tan brutal que nunca se ve en escritos, por más que a los españoles les brota de la boca con lamentable frecuencia, según dice Unamuno, historiando el sucedido. Este hecho en su tiempo dió que hablar, y sirvió de alivio a muchos que llevaban dentro la misma carga sin atreverse a confesarla.*

*Yo me temo que a gran parte de los filósofos argentinos les esté pasando lo mismo y que no se atrevan a confesar que les* carga el Aristóteles.

# 2. - En defensa de la verdad

**Respuesta a una profesora en cierne de Religión**

Me felicita Vd. porque: "inspiré el Decreto de Enseñanza Religiosa al Gobierno". Su fineza me ha consternado. Pero en defensa de la verdad me veo obligado a transcribirle una *Solicitada* que envié ha muy pocos días a toda la prensa del país y cuya lectura, por lo visto, ha escapado a Vd.

## SOLICITADA

*Señor Director de la prensa del país:*

*Juro al Señor Director y a todo el país, puesto en cuclillas (así apareció en el diario. Mi original decía discretamente "de rodillas"), que no me corresponde ni pizca ni adarme de la gloria inmarcesible cosechada por quienes labraron el Decreto de Enseñanza Católica. No puedo tampoco señalar a quién cabe la dicha gloria, porque cada día encuentro más y más gentes eméritas que se la discuten, comparten y adjudican. Yo de mí sólo digo que el hecho inmenso me sorprendió, y que todavía rezo cada día agradecido a Dios.*

*En defensa de la verdad juro también que no inspiré ni al Sr. Ministro, ni al Sr. Subsecretario, ni de éste al Subsegundo, ni al Subúltimo, extraído a raíces en submersión sincategoremática, la más mínima sugestión. Fuí, de verdad, una vez al Ministerio de Pellegrini y Arenales, y aguanté allí una mañana de antesala, la cual inspiró —y esto es lo único que yo he inspirado en dicha repartición— una sonrisa maleva al empleado que alevoso me dijo cuando estábamos sobre las trece horas: "Vea, señor, hoy no es día de audiencias, si le parece vuelva el viernes". Acá, Leonardo de mi alma, me dije yo, no vuelves más, sempiternamente, y que den a quien les dé la gana mis soñadas cátedras de Religión.*

*Otrosí, juro, en defensa de la verdad, y a todo el país, que puesto que la Patria no me debe tamaña inspiración nadie tendrá derecho —¡oigan, chicas!— a pedirme recomendaciones, ni valimentos, ni tercerías, ni una manito ante nadie en razón de obtener clases de Catecismo o cátedras de Religión. Y tampoco es justo que yo rubrique tarjetitas de buena conducta y certificados de competencia teológica. Porque, eso sí —¡oiga la Patria entera!— metido yo no soy y opinión no doy sino cuando me la reclaman, aunque ante mis ojos se hicieran disparates monumentales capaces de hacer temblar el misterio. Saluda al Señor Director.*

Leonardo de Aldama

A lo segundo suyo: "¿Qué hará para obtener cátedras de Religión?"

Deberá estudiar filosofía y teología, cursará prácticas pedagógicas, dará al fin felicísimos exámenes de competencia, y, al cabo, trabajará su nombramiento; a no ser que triunfe en las oposiciones. No trato de inspirarle desánimo. Cuando en segundo año Vd. enseña historia, si sabe que a Gundemaro sucedió Sisebuto y a Chintila Tulga, no tiene por qué ir a clase nerviosa. Pues la historia goda para allí, o muy cerca, y la cosa por otra parte no se presta a confusiones. Además el alumno por listo que sea no puede comprometerla ni obligarla, con importunas curiosidades, a escaparse Vd. por andarivel con evasivas y zafaditas. Pero cuando en primer año explique a los muchachitos, que viven entonces la hora desconfiada y escéptica de la existencia: "En Jesús —jóvenes alumnos— toda la actividad psicológica de la inteligencia y de la voluntad humana es labor del Verbo, y, por ende, El sólo responsable de ella; y de allí una sola persona eterna usando el utensilio de dos naturalezas, di-

vina y humana", cuando ésto Vd. diga, decía yo, y es lo menos que decir deberá, le será preciso tener nociones lúcidas de *persona* y *natura*, que no es filosofía de pacotilla; y, amén, deberá saber en su foro interno toda la técnica de la predicación de propiedades o comunión idiomática, cosa que si Vd. ignora pueden los pequeños de la clase hacerla transpirar en frío, como si la hubiera mordido una yarará.

Porque la Religión es metafísica. Y en un profesor de Religión debe alojarse implícito un filósofo y un teólogo. Ahora bien, como la filosofía es una, cualquier punto de criteriología o de psicología o de ética toca toda la filosofía, que debe acolitar a la teología. Por donde venía yo a asegurarle que precisa Vd. poseer estas dos soberanías enteras para dictar Religión en primer año.

Si no sabe álgebra y audaz se arroja a mal enseñarla, los falsos pasos de la pizarra documentarán su ineptitud. Por esto oigo decir a las jóvenes: "matemáticas no me atrevo a enseñar; pero, Religión.... sale una del paso con cualquier cosa". Y porque su profesor de Apologética en las secundarias era de los que "*salen del paso con cualquier cosa*", perdió Unamuno la fe, cuando muchacho, dice él. Y Balmes, creo yo, fué quien dijo que para dañar las almas nada mejor que un mal profesor de Religión.

El hondo y claro saber filosófico-teológico que Vd. precisa para honrada y eficazmente dictar Religión no lo da *ex opere operato* la presentación que de Vd. haga el sacerdote amigo, ni el nombramiento del gobierno, ni la aprobación de la autoridad eclesiástica. Claro está, no se precisa saber de memoria *Las Controversias* de Bellarmino, ni los *Loci Theologici* de Melchor Cano para dictar con competencia una cátedra, que entonces constituiría la Religión una ciencia esotérica incomunicable. Pero tampoco bastan los sobresalientes benévolos de los Seminarios Catequísticos. Y no debe reclamar menos preparación ni menos pruebas de competencia el profesorado de Religión que el de historia o el de filosofía.

Todo sacerdote, dedicado sólo a ello, estudia tres años filosofía, y cuatro teología. Y no a todo sacerdote el Derecho Canónico le reconoce capacidad para la enseñanza secundaria, desde que el c. 1373 prescribe: "Debe darse a los jóvenes que cursan estudios medios y superiores una instrucción más profunda acerca de la Religión. Y los Obispos procurarán que tal enseñanza la impartan sacerdotes de prestante saber y celo" (...*celo et doctrina praestantes*).

El cura que me confiesa los sábados, luego de traducirme el canon, me añadió con un poco de mordacidad, que me hirió, sí, me hirió: "Celo pide el Derecho, lo oye Vd., y celo, al menos para obtener puestos, no le falta a tanta gente moza que anda por allí revuelta, adjudicándose desde ya cátedras y más cátedras y procurándose buenos padrinos recomenderos. Yo ni a Vd. ni a nadie firmo recomendación ninguna sin previo examen de suficiencia. Y quisiera tomarle el pulso al celo ese por procurarse cátedras el día que el gobierno las propusiera ad honorem... No fuera yo —añadió el hombre amoscado— tan viejo, y daría ejemplo a la República entera de enseñar Religión debalde, cediendo todo el sueldo a los hospitales, como en Holanda o en Rumania, no recuerdo bien, hicieron todos los sacerdotes que desempeñaban cátedras de Religión".

"Esto lo puede hacer sólo el cura que tiene su vida segura", retruqué rabioso yo, pensando que en este verano la tremenda desmonetización que me consume no me deja curar el reuma en Carhué.

Y punto al tema. Vaya todo esto en defensa de la verdad.

*Leonardo de Aldama*



# Para elogio del amor

## Carta a Teresita

Me escribe usted, Teresita, que añora los días de colegiala en las Hermanas Adoratrices, cuando el gozo le saltaba del corazón a cada paso que daba bajando la escalera del hall, después de haber orado por la tarde sola en la capillita del primer piso. Y añora aquellos días porque ahora, en medio del mundo y enamorada, su fervor espiritual se desvanece como el perfume de las magnolias al ardor del mediodía.

Me asegura que si Teresita de Lisieux se hubiera prendado de algún buen mozo provenzal, sin duda no habría sido tan seráfica en sus amores divinos y quizás no habría alcanzado las cimas que en el Carmelo alcanzó. Y añade, con deliciosa ingenuidad, que cuantos elogios oye en mis discursos al amor humano y al matrimonio cristiano le resultan algo así como las palabras amables con que se suele acariciar al niño jorobadito para volverle más llevadera su deformidad. Vale decir: que el elogio teológico al amor le parece una piadosa mentira con la cual procuramos serenar los titubeos y la desazón de la chica que rehuye el amor y el matrimonio por escrúpulo de contrariar la vocación religiosa acariciada durante los años de colegio en las Hermanas. Y me insta a que le diga con toda verdad si es cierto todo eso que digo de la santidad del amor.

No puede negarse que si Teresita de Lisieux hubiera dado otra orientación a su enorme poderío de amar, entregando su corazón a algún provenzalito, habría hecho demasiado feliz al afortunado muchacho y ella misma habría sido gran mujer social, gran mujer de la tierra. Prefirió, sin embargo, entregar su corazón sólo a Dios, porque quiso ser gran mujer divina, gran mujer del cielo.

Cierto es también que nuestro corazón, como un vaso de mercurio, cuando se derrama se desliza y se fragmenta en tantas gotitas escurridizas que ya es imposible recogerle. Y asimismo es mucha verdad que no debiéramos amar sino sólo a Dios, como asegura Teresa de Jesús, si buscamos amores inmensos. ¿Por qué? Sencillamente, porque cuando amamos nos parece que colmamos nuestra alma. Y he aquí que nuestra alma no puede colmarse con menos que con la posesión de la Belleza y del Bien infinitos. De lo contrario, ella se revelaría a sí misma miserable y pequeña.

Los seres menudos que encandilan nuestro corazón nos parecen a veces inmensos; pero es porque nuestro espíritu los completa y engrandece con sus ansiedades de infinitud. El día en que comprendemos la realidad y vemos al ser amado, al terreno idolito, en su exigüidad y pequeñez experimentamos una especie de humillación. Salimos avergonzados de nuestros amores y su recuerdo se parece en algo, yo no sé por qué, al recuerdo que dejan nuestras culpas. Quedan los abandonados cariños, como los escenarios de los teatros después de las fiestas, solitarios y obscurecidos. Todo el brillo y el encandilamiento de la luces multicolores se trueca luego en un gran vacío ensombrecido.

Todo esto es cierto, y yo no podría negarlo sin engañarla. Pero también es muy cierto que el Verbo Encarnado no desconsideró ni el amor ni el dolor humano, sino que los sublimó a alturas insospechables.

*Esa dolencia que ahora padece, según me escribe, ese insólito estremecimiento emocional que le provoca el brillo de unos ojos, antes indiferentes y apagados, esa electrización de todo su ser al más leve roce de las manos amadas y esa dulzura que experimenta cuando paladea solitaria su lírico secreto, quiso Jesús que fueran algo tan noble y tan divino como es noble y divino su propio Cuerpo Eucarístico. Porque algún día quizás, bendecido sacramentalmente su amor será fecundo en gracias sobrenaturales, como es fecundo en ellas el amor de Jesús a su Iglesia, si San Pablo no nos miente en la* Carta a los Efesios.

*Le aseguro que me da miedo decir en elogio del amor que él es fuente de la gracia sobrenatural. Porque nada se desconoce tanto en el mundo como la gracia, por más que la palabra se repita sin cesar. También está llena la boca de las gentes de la palabra amor, voz celestial que se han propuesto enlodar hasta convertirla en sinónimo de impureza. Y, por desgracia, el amor verdadero cada día es más escaso. Digo el amor verdadero, porque quienes confunden todo piensan frecuentemente que están encendidos de amor, pero lo que ellos creen tal no es nada más que obstinación, miedo, ficción, sugestión, manía, terquedad, orgullo, presunción, envidia, sexualismo, curiosidad y hasta estupidez. Si lo que muchos espíritus juzgan amor de Dios no es de verdad* amor de Dios, *sino ficción, soberbia camuflada y larvado orgullo del yo, piense cuántos chascos y cuántas confusiones no ha de padecer el amor de erotismo o de humano enamoramiento, en el cual nuestra materialidad carga el enorme peso muerto de sus pesadumbres.*

*¿Cómo discernir el amor verdadero, fuente de la gracia sobrenatural, de ese otro seudo amor que es vesania y estupidez?*

*El tema es amplio y requeriría se lo trate con descanso. Lo haré otra vez. Por ohora me conformo con asegurarle que el amor verdadero es don caballeresco, que inspira al joven sumo respeto hacia la persona amada. Es, además, virtud noble que vuelve al hombre decidido defensor del ser querido, a quien pondrá a resguardo de las audacias de los impuros.*

*No soy tan ingenuo ni tan platónico que ignore el inminente peligro moral en que arroja a los enamorados el irresistible magnetismo aun del verdadero amor, a pesar de que él inspira pureza. Porque hasta en el más sano cariño se introduce un poco de nuestro barro original. Y a nadie deberá ello extrañar como quiera que a las cosas más santas acechan las peores emboscadas morales. De aquí que muchos amores que comenzaron en espíritu inadvertidamente fueron a acabar en podredumbre.*

*Y porque el amor, mientras no se lo corrompe y prostituye, degradándolo a los sucios fondos de la impureza, es algo muy santo, quiso Jesús que el cariño del joven a la joven y el de ésta a aquél fueran una viva perpetuación del amor que El tuvo a la Iglesia y del de la Iglesia hacia El. Ahora bien: si el Verbo Encarnado amó a su santa Iglesia hasta entregarse por ella a la muerte, labrando su hermosura a fuego de dolor, piense de cuánto heroísmo no deberá ir informado el amor humano para que no desfigure la imagen que es del amor divino.*

*Lo he dicho muchas veces. Como el novel sacerdote en los días de su consagración cree sentir dentro del alma algo divino, así el enamorado debe sentir que el cariño nacido dentro de su corazón constituye un don no menos divino, y debe velar por la pureza de ese don tembloroso de perderlo, de desnaturalizarlo, de adulterarlo. Porque nada puede pensarse más pérfido que la profanación de ese regalo hierático.*

*Si el amor consagra al alma con un verdadero destello de sacerdocio ¿no es verdad que pecar contra él ha de entrañar una profanación no exenta de sacrilegio? ¿No es cierto que prostituirlo, entregándolo a la impureza de la fantasía, del deseo, o del obrar, ha de constituir necesariamente una acción tan abominable como la del sacerdote que convirtiera su ministerio sagrado en instrumento de perversión?*

*Quizás porque el amor consagra al alma con algo de sacerdocio en la hora emocionada de la bendición nupcial, que unirá para siempre sus destinos a los del ser querido, será Usted misma ministro del sacramento, de ese sacramento cuya esencia es una mutuación indisoluble de corazones. Y, ahora, dígame Usted si es cierto eso que dicen de la santidad del amor.*

*El Evangelio lo exaltó tanto, tanto que ni en los poetas de la* gens *griega, ni en los líricos latinos, ni en las cortes de amor de hablas romancescas, en tiempos de los cantares heroicos de la cuaderna vía, ni en las filografías esotéricas, ni en Petrarca, ni en León Hebreo, ni en el poema encendido de ningún enamorado se hallará elogio más precioso que aquel con que San Pablo nos reveló la misteriosa grandeza del amor.*

*Yo no puedo dudar que cuando colegiala amaba Usted a Dios tan celestialmente que en las horas de emoción el mundo parecía anonadarse a sus pies, como bajo los pasos de una emperatriz. Por sus ojos asomaba su alma transpareciendo felicidad, una inefable felicidad que nada terreno puede originar, como si brotara de un corazón que le hubiera prestado algún ángel para que gustara por unos momentos al menos algo de la dicha de los cielos. Aquel amor de Dios la divinizaba como en la mañana el rayo de sol, cayendo sobre las aguas de un río, las enciende y transforma en una sola cinta de oro y luz y agua reverberante. Tan inundada andaba de Dios que por las cosas más seductoras del mundo sentía un soberano desprecio de enamorada. ¿Se acuerda, Teresita?*

*Y se había hecho la ilusión de que el mundo permanecería siempre así vencido bajo sus pies. Como millonaria de cielo, que fué entonces, y reina del corazón de Dios, no se resigna ahora a recoger los tesoros de la tierra ni a reinar en el corazón de un hombre.*

*Pero, ¿no será acaso su misión en este mundo lograr que el corazón de ese hombre guste primero la santidad de su amor, para que luego pueda desear la misteriosa dulzura del amor de Dios?*

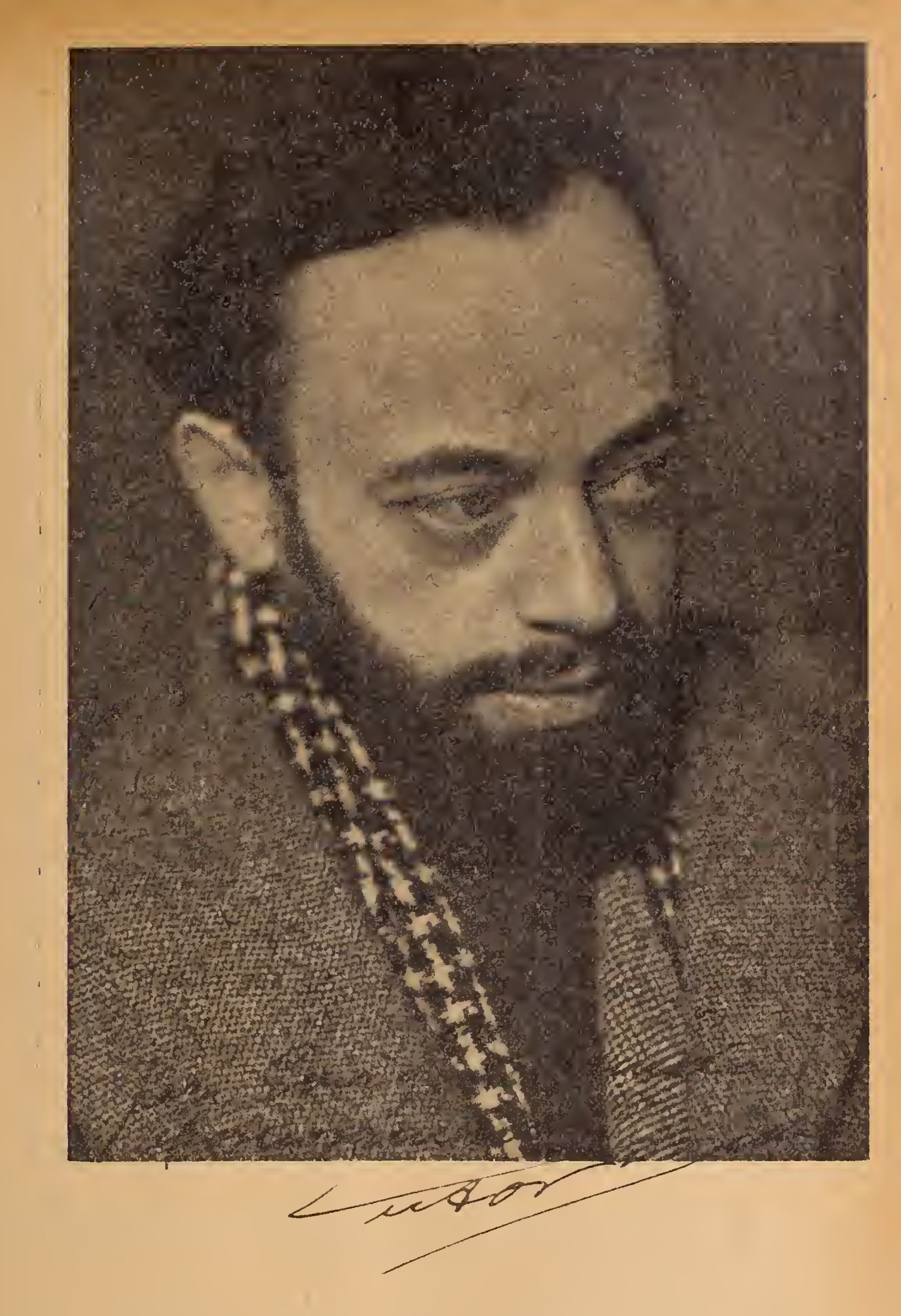
Hernán Benítez

■■■■■■■■■

*Esta carta fué difundida en una reciente publicación. En ella, por desgracia, no halló el marco de moralidad adecuado, pues se estamparon ilustraciones de hiriente desnudez. Satisfaciendo numerosos pedidos, la hemos reproducido aquí, a fin de que pueda llegar al público en un recuadro digno de su delicadeza espiritual.*

La Dirección

ARTE



# Victor Delhez

ARTISTA BELGA

QUE SE INSPIRA EN MOTIVOS RELIGIOSOS

# DON URSULO CARREÑO

*Relato de Navidad a la manera de Damon Runyon*

DON Ursulo Carreño era un hombre muy rico.

Don Ursulo Carreño era un hombre muy considerado porque desde que Dios creó el mundo los hombres muy ricos son muy considerados aunque no siempre por las mismas razones; pero no vamos a hablar de eso porque éste es un relato de Navidad y hay que ser optimista y ver todo color de rosa aunque para ello haya que ponerse lentes rosados.

Don Ursulo Carreño tenía 76 años.

Don Ursulo Carreño no se había casado nunca y no tenía hijos, pero como a quien Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos, don Ursulo Carreño tenía siete sobrinos.

Algunas personas sostienen que los siete sobrinos de don Ursulo Carreño no habían sido obra del diablo sino de Arístides Carreño, único hermano de don Ursulo Carreño, pero éste es un relato de Navidad y no nos vamos a meter a averiguar cuál de las dos tesis es la acertada.

Don Ursulo Carreño cumplía años el 25 de diciembre.

Todos los sobrinos de don Ursulo Carreño iban a visitarlo el 25 de diciembre porque las leyes familiares obligan a los sobrinos a ir a visitar a los tíos los días en que cumplen años. Hay quien sostiene que debe decirse las leyes de la herencia y no las leyes familiares, pero éste es un relato de Navidad y no vamos a ponernos a discutir sobre la ortodoxia de algunos conceptos. Además, el autor de este relato siempre opinó que los que reivindicaban la exactitud de la palabra *herencia* lo hacían con doble sentido y éste es un relato de Navidad que no puede tener más que un sentido.

Todos los sobrinos de don Ursulo Carreño le llevaban regalos el 25 de diciembre.

Todos los sobrinos de don Ursulo Carreño solían recordarle estos regalos cuando iban a visitarlo en otras oportunidades. Hay quien dice que este recuerdo no era desinteresado, pero éste es un relato de Navidad y no un hurgueteo en vidas ajenas, así que no vamos a atar cabos relacionando las visitas de los sobrinos de don Ursulo Carreño en los días que seguían a tales visitas.

Don Ursulo Carreño tenía un amigo.

El amigo de don Ursulo Carreño se llamaba Yago Cousiño.

El autor de este relato de Navidad opina lo mismo que sus lectores sobre el nombre del amigo de don Ursulo Carreño, pero para explicarlo tendría que remontarse a la admiración que tenía don Ricardo Cousiño, padre de Yago Cousiño, por Guillermo Shakespeare, y tendría que describir cómo el día del nacimiento de Yago Cousiño se tiró a la suerte para elegirle nombre, y tendría que decir que había que escoger entre Shilock, Caliban y Hamlet además de Yago; pero éste es un relato de Navidad y no pura disquisición sobre los gustos de don Ricardo Cousiño.

Yago Cousiño era el único amigo desinteresado de don Ursulo Carreño.

Yago Cousiño tenía más dinero que don Ursulo Carreño.

Yago Cousiño le dijo muchas veces a don Ursulo Carreño que sus sobrinos lo miraban y veían su cuenta bancaria, pero don Ursulo Carreño le contestó otras tantas veces que ello no podía ser porque nadie sabía dónde guardaba su libreta de ahorros.

Don Ursulo Carreño era bastante bruto y no entendía sutilezas.

Yago Cousiño insistió igual número de veces explicando a don Ursulo Carreño que lo de las miradas y las visiones era en sentido figurado; pero don Ursulo Carreño era un hombre de llamar al pan, pan y al vino, vino.

Sin embargo, tanto insistió Yago Cousiño que don Ursulo Carreño decidió una vez averiguar si lo que le decía era ver-

dad, así que un 25 de diciembre en que sus sobrinos habían ido a visitarlo les contó lo que opinaba Yago Cousiño y les preguntó después si eso era cierto.

Don Ursulo Carreño era muy bruto.

Los sobrinos pusieron el grito en el cielo y le contestaron que eso era una burda patraña y que la verdad era que Yago Cousiño quería que don Ursulo Carreño se muriera y que los desheredara y que lo nombrara a él heredero universal de todos sus bienes, y que eso estaba mal porque las leyes familiares dicen que el dinero de los tíos ricos debe pasar a los sobrinos cuando no hay otros herederos forzosos.

Los sobrinos de don Ursulo Carreño no explicaron por qué las leyes familiares dicen eso, pero éste es un relato de Navidad y no una exégesis del Código Civil.

También le dijeron los sobrinos a don Ursulo Carreño que ellos no lo querían por su dinero sino por ser su tío, hermano de su padre.

Y como estaban muy charlatanes añadieron que en realidad su dinero no les importaba.

Don Ursulo Carreño fué al otro día a ver a Yago Cousiño y le contó todo lo que había pasado. Don Ursulo Carreño estaba muy contento porque era bastante cabeza dura y en realidad más le importaba haber ganado la discusión con Yago Cousiño que cualquier cosa.

Yago Cousiño le dijo muchas cosas a don Ursulo Carreño, pero éste es un relato de Navidad y esta publicación es muy decente, así que el autor no tiene por qué copiar aquí la versión taquigráfica.

Don Ursulo Carreño volvió encantado a su casa dando gracias a Dios por el desinterés de sus sobrinos. En realidad la tesis de Yago Cousiño lo había tenido un poco nervioso, y el saber que sus sobrinos no estaban interesados en su dinero lo llenó de felicidad.

Así que don Ursulo Carreño mandó llamar a su escribano e hizo testamento a favor de Yago Cousiño, ya que pensó que dejar su dinero a sus sobrinos era ofenderlos después de lo que le habían dicho. Además, si era cierto que Yago Cousiño quería ser nombrado heredero universal de todos sus bienes, los amigos están para ser complacidos cuando ello es posible.

Y en su interior don Ursulo Carreño opinó que si todo aquello era verdad sus sobrinos eran unos zonzos y sabido es que los zonzos no saben qué hacer con el dinero.

Don Ursulo Carreño no era tan bruto al fin de cuentas.

*Jaime Potenze*

*NOTA. — Este es un relato de Navidad porque gira en torno a don Ursulo Carreño. La fecha de nacimiento de don Ursulo Carreño había sido un 25 de diciembre e indudablemente era lo más importante de su vida. El 25 de diciembre es Navidad.*

---

"La omnipotencia de la prensa: expresión ciertamente grande, pero no más grande que la cosa misma. Y siendo así que la palabra tiene por sí misma la omnipotencia, ya que es una fuerza que sabe doblegar las almas y es la dominadora de todo, ¿qué no será cuando dispone de ese organismo de multiplicación y difusión, de ese dinamismo que llamamos prensa? Es la omnipotencia que se multiplica más allá de toda medida. El simple hecho de no emplear o de emplear imperfectamente esta omnipotencia constituye una negligencia culpable, una tremenda responsabilidad".

PIO XI

---

"Creo que la hora es demasiado grave para que perdamos tiempo en insignificancias. Los síntomas de perturbación social son tales que es preciso consagrarse a la tarea esencial de iluminar las inteligencias y tonificar las voluntades mientras haya lugar a hacerlo". — *Mons. Gustavo J. Franceschi.*

# EL PROBLEMA DEL MAL

*Principales pensamientos de la excelente obra del Rev. Padre Paul Siwek, S. J. "Le problème du Mal". Edic. Desclée, De Brouwer et Cie. — Río de Janeiro ,1941.*

Hay problemas que son eminentemente filosóficos y al mismo tiempo de gran importancia para la vida cotidiana. De este género es también la cuestión del mal. No cabe duda que a la filosofía también pertenece iluminar al hombre sobre el sentido de la vida. Para poder hacerlo, tiene que aclarar antes la razón de ser del dolor, mal inseparable de la vida.

El problema del mal en todos los tiempos ha preocupado al espíritu humano. Hoy en día cuando una gran parte de la humanidad padece sufrimientos indescriptibles el problema del dolor tiene una actualidad trágica. Considerando la noción del mal se ve que es inseparable de la contrariedad y oposición que un ser encuentra en sus tendencias y deseos. Es un obstáculo en el orden de las cosas y en el ritmo de la vida. El mal se opone al bien. Y se opone como las tinieblas a la luz. El mal no es una simple negación, ni una limitación cualquiera del ser, sino una privación, un obstáculo en el curso de su perfección, una especie de "veto" a la finalidad del ser. Es una barrera que no se opone ciertamente a toda la finalidad del ser sino a una finalidad inmanente.

El mal en el mundo vegetal existe, pero no se expresa en términos psicológicos sino ontológicos. Es un mal no sentido pero vivido. No es el dolor sino un desequilibrio en el organismo, una simple imperfección del orden físico. No hay entonces identidad entre el mal en la vida orgánica y el mal en la vida del hombre o animal; hay sólo analogía.

El mal en la vida sensitiva no es otra cosa que el dolor.

El bien pues para un ser sensitivo es el placer, y él es el motivo de su acción. El mal es todo lo que se opone a su placer, él provoca disgusto y pone al animal en fuga.

El mal en la vida del hombre se opone a la finalidad inmanente superior que es la tendencia hacia la esencia del Bien. El hombre tiende hacia esta plenitud del Bien sabiendo que ahí encontrará su bien y su perfección.

Aun cuando un hombre desea un bien particular lo desea en virtud de esta tendencia hacia el Bien en sí. El hombre concibe el Bien en sí y tiende hacia él, pero como es el ser finito no puede alcanzar su ideal. Vive siempre en tensión continua y en esfuerzo para sobrepasar a sí mismo y de ahí nace el mal. Unicamente en el hombre el mal alcanza su apogeo porque sólo el hombre es capaz de concebir el Bien en sí. La planta sufriendo el mal no tiene de él ninguna idea.

En la vida de un animal el mal se reduce al dolor físico, pero el hombre sufre no sólo el mal físico sino también el moral. Tiene conciencia no sólo del mal presente sino también del pasado y futuro, sufre el mal individual y social, real y ficticio. Sufre por todos sus sentidos hasta por su imaginación e intelecto. Todas las facultades del hombre se abren al sufrimiento y eso es una ley de la naturaleza —que cuanto más un ser está elevado en la jerarquía de la vida más está sujeto al mal. El mal crece en razón directa a la perfección del ser. Jerarquía de seres vivientes, jerarquía del mal, es un curioso paralelismo en la naturaleza.

El mal tiene su finalidad. El mal no es un hazardo en la naturaleza. El es una ley, por consecuencia una necesidad. Hay cosas en la naturaleza que no pueden existir sino gracias al mal. El mal, pues, puede ser la fuente del bien, pero no como causa sino de manera indirecta y negativa.

La finalidad del mal en el mundo vegetal es también en favor de las plantas mismas, pero sobre todo es esta finalidad exterior, es decir, en favor del reino superior, porque el mundo vegetal no tiene su fin último en sí mismo sino en el reino superior, sensitivo.

El mal en el mundo de los animales es el dolor. ¿Cuál es su finalidad? El dolor es

una condición esencial y necesaria para la existencia de los animales. Ante todo les conserva la vida. El dolor para un animal es un "juicio de los valores"; un juicio sobre el mal que lo amenaza. El dolor exita al animal para su "perfección" y le saca de la inactividad. Y finalmente lo mismo que en el reino vegetal, acá también del mal de los animales tienen provecho los seres del reino superior, es decir, el hombre.

La finalidad del mal en la vida del Hombre tiene varios momentos. Ante todo le recuerda su destino inmortal. Sufriendo el hombre entiende bien que el mundo no está hecho a la medida de él, ni tampoco no puede ser su fin último por la enorme desproporción que existe entre él y el mundo. Sufriendo nos sentimos en este mundo extranjeros y consecuentemente buscamos nuestro verdadero destino, en un mundo superior.

Luego el sufrimiento desvía al hombre del mal, pues las afecciones son la fuente de la acción del hombre. Los sufrimientos, las consecuencias de las faltas hacen nacer las afecciones desagradables que muchas veces retienen al hombre en el camino del bien.

En tercer lugar, los sufrimientos son la fuente abundante de los méritos para la vida eterna, pues el sufrimiento aceptado por orden superior se ennoblece y se convierte en el sacrificio meritorio. Por último, el fin del hombre es su perfección. Y él no puede alcanzarla sino por las acciones inmanentes, por la lucha continua y penosa contra el mal, pues las virtudes son los frutos del sacrificio y del sufrimiento.

¿Cómo en fin conciliar la existencia del Mal con Dios infinitamente justo y bueno? El mal es la privación del ser, privación del bien. Metafísicamente es imposible que la voluntad humana o divina quiera al mal como el mal por sí. Unicamente puede ser la cuestión de querer al mal por accidentes, como ser, cortar la mano gangrenosa para salvar la vida.

Aun por accidentes Dios no puede querer el mal moral que es el pecado, porque el mal moral se opone al fin último del hombre. Pero Dios puede querer por accidentes el mal físico, al cual no sólo no se opone al fin último del hombre sino al contrario le ayuda alcanzar los bienes del orden superior. El sufrimiento es, pues, la señal de la bondad y del amor de Dios para el hombre. Aun el mal y los sufrimientos en el mundo vegetal y animal están subordinados a esta gran finalidad que es el bien del hombre.

El pecado, mal moral, tiene su origen en el libre albedrío del hombre. Dios le permite porque también El puede sacar aún del pecado el bien para el hombre. Más aun, la Bondad, Justicia y Misericordia de Dios se manifiestan claramente. El mal, los sufrimientos son de un lado los medios misteriosos del poder divino de perfeccionarse para el hombre, y de otra parte es la gloria continua a Dios.

*Juan Oficjalski*

---

"La prensa católica es la gran necesidad de nuestros tiempos". — LEON XIII.

---

"Es sumamente necesario que en todos los medios de la sociedad se promueva una intensa formación social proporcionada al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con gran solicitud e ingenio la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia, a fin de que se iluminen las inteligencias con la luz segura de la doctrina católica y se inclinen las voluntades a seguirla y a aplicarla como norma del buen vivir. La prensa católica puede ofrecer a esta renovación un eficaz aporte". — PIO XI.

# Consideraciones en torno al Decreto de enseñanza religiosa

"Si el cristianismo ante todo, es una conducta", aleccionar al niño y al adolescente en el dogma y en la moral cristiana equivale a asegurar en lo posible su comportamiento ético de ciudadano. La civilización de Occidente tambalea porque precisamente se ha hallado a merced de hombres que pretendieron soslayar el cristianismo de esa cultura introduciendo un humanismo egocéntrico abiertamente anticristiano. Cuanto los gobiernos legislen en favor de la educación cristiana redundará en bien de la Patria y de la civilización occidental.

Quienes se han esforzado por rodear al niño de laicismo y de ateísmo, han conspirado abiertamente contra la patria y contra la cultura. El Evangelio, conocido y vivido, no constituye tan sólo una ayuda para la existencia de los pueblos, sino una necesidad ineludible.

Un gobierno católico no es lo mismo que un gobierno clerical. Debe el gobierno ser católico, y es perjudicial para sí y para la Iglesia, que se convierta en gobierno clerical.

Quien no caiga en la estulticia de confundir estos dos aspectos tan distintos, reconocerá a todas luces que no está gobernando nuestro país un "Gobierno de curas", sino un "Gobierno de católicos" que católicamente gobiernan. Porque ha habido también antes, en los tiempos magros y escandalosos del burocratismo, perduelionismo, coimeo y peculados, ciertos hombres en el Gobierno que eran católicos, o se confesaban tales, pero que por desgracia no gobernaron católicamente, sino atea y aviesamente.

No ha hecho fortuna la especie soltada a volar, por ciertos descontentos radiados por inconducta del presupuesto, y por algunos sectarios mostrencos, según la cual "nos gobernaban los curas".

Hasta ahora el Gobierno no ha puesto repartición ninguna en manos de clérigos, ni ha hecho, que sepamos, de ninguno de ellos, funcionario de estado. Ningún sacerdote ha quitado una partida del presupuesto nacional a ningún civil. Es preciso decir las cosas con claridad porque no es esta hora de eufemismos o de tintas desleídas.

Y, si para la enseñanza secundaria fueren nombrados sacerdotes selectos, lo que nos parece no sólo justo sino necesario, no probará ello que nos gobiernan los curas. Como no puede concluirse, sin palmaria estupidez, que nos gobiernen los judíos, aunque buena porción de médicos judíos detenten cátedras universitarias y una porción todavía mayor de ellos sean médicos de sala, presupuestados por lo tanto, en los hospitales del Estado.

La docencia de la Religión importa conocimiento sólido de la filosofía, puesto que la Religión es metafísica. Quien dicte cátedra de religión a jóvenes de bachillerato, que viven el período escéptico y filosofante de la existencia del hombre, sin solidísima preparación filosófica, hará un mal mayor que el del laicismo. Porque creará confusión, escepticismo, escándalo y vergüenza de la religión en los adolescentes católicos, al tiempo que confirmará en su descreimiento a los irreligiosos. Por ello legisla el Derecho Canónico: "Débese dar a los jóvenes alumnos de la enseñanza media y superior un conocimiento más profundo de la Religión. Y los Obispos deberán procurar que tal enseñanza la impartan sacerdotes de probado saber" (Canon 1373). Lo cual no quiere decir que católicos no sacerdotes, pero competentes no puedan dictar cátedra. Pueden, y lo harán muy bien. El país cuenta con católicos auténticos, dotados de solidez teológica, algunos de ellos escritores de nota y apologistas de su fe.

Nuestro Gobierno quedará a resguardo de toda acusación de sectarismo o de clericalismo mientras quienes rigen la cosa pública y legislan sobre la educación no entreguen las palancas del gobierno, ni aun en lo concerniente al orden, contralor, dirección y mecánica de la enseñanza religiosa, a los hombres de la Iglesia, por más que se guíen en todo ello, por sus luces, como es deber de todo buen gobierno.

*Enrique Benítez de Aldama*

# Los cuatro grandes en el arreglo del Mundo

V

HACÍA ya varios meses que los delegados interestaduales tenían entre sus manos el arreglo total del mundo; pero el mundo seguía desarreglado. Aquel día, para Juan Pérez la cosa se puso fea.

Eran las tres de la mañana. Los calores caniculares no disminuían. El Palacio Estadual ("Palacio de las Intrigas" para los empleados) estaba que ardía. Pérez no acudió. Había colocado en su mesa de luz el despertador para las 5, pero sus nervios aquella noche no le permitieron conciliar el sueño: ¡debía ejecutar tantas cosas en la próxima jornada!; su cerebro forjaba tantos planes: reformas sociales, salarios y viviendas familiares, moralización de costumbres! que se le alucinó la inteligencia y se sintió el mejor componedor de los graves problemas sociales del mundo, en que se empeñaban los cuatro...

Cuando en años anteriores, Juan Pérez fué mozo de dancing, acostumbró a dormir la siesta del borrego, lo que le permitió pasar la noche de claro en claro. Porque, según Hipócrates y Galeno, la siesta del borrego debe comenzar a las 8 y terminar a las 11 menos cuarto de la mañana. (Esto se lo oyó decir Juan Pérez a Aristóteles en una cita erudita que el viejo despachó, con motivo de una consulta de Cicerón que andaba afligido porque su mujer Terencia padecía unas dispepsias, que le traían un poco de insomnio y mal aliento). Y como en el Palacio de las Intrigas (y de las Recomendaciones —añadían algunos) los servidores de la burocracia mundial no llegaban hasta mucho después de la hora, Juan Pérez tomó la costumbre de descabezar la siesta del borrego. Porque, dicho sea de paso, Juan Pérez llegaba a la Oficina a la hora que se le daba la gana, puesto que era alto Jefe, nada menos que Delegado. Es el caso que, a las 3, estaba ya coordinando ideas. Al tirarse a la cama se le presentó repentinamente a la imaginación la frase: "Vilcapujio y Ayohuma". Hay que tener presente que estos dos nombres le rumoreaban siempre que tenía pesada la digestión. Y mientras no se ponía al corriente le sonaba la muletilla: "Vilcapujio y Ayohuma". "Esta *cantilena*, me enferma", se repetía a ratos Juan Pérez. Y después pensaba "¿es cantilena o cantinela? Porque el diccionario dice cantilena y además lo he leído en una obra de Anatole France". Juan Pérez nunca se acordaba que el lenguaje de las traducciones sólo depende del traductor.

Y siguió en sus alucinaciones: "Hay que suprimir los partidos políticos, porque la *Política de Aristóteles son macanas*". Le oyó decir al viejo la noche anterior que, cuando escribió sobre política, quizo hacer un cuento policial para distraer a Alejandrito, el hijo de Felipe (Juan Pérez nunca logró decir Filipo). Pero en el entresueño, la cabeza se le desvanecía y los oídos le retumbaban: "Vilcapujio y Ayohuma".

"Hay que evitar la desocupación y crear oficios". Aunque eso de los oficios le tenía harto. Cicerón llevaba ya una semana escribiendo "Sobre los Oficios" y Juan Pérez comenzó a convencerse que Cicerón andaba sin trabajo. Además, Cicerón le *cargaba*, porque el romano siempre pecó de pedante. Y Juan Pérez solía decirle a Cicerón, con sorna, que era como los teros, que cantan lejos del nido para ocultar los huevos. Porque Cicerón se las gastaba a cada rato en declamaciones y conferencias radiales y Pérez pensaba: "algo anda escondiendo éste". Y otra vez le repiqueteaban los oídos: "Vilcapujio y Ayohuma". Prendió un cigarrillo y tomó un diccionario para acostumbrarse a las palabras difíciles y al poco rato entró en un sueño profundo. Era la hora del borrego. Y aquí sucedió algo espeluznante, algo bárbaro, algo macabro, algo que da miedo pronunciar, como decía a cada rato Cicerón plagiando al angelical Virgilio: "horresco refferens".

Un abismo sin fondo. Todo negro. Una pared cortada a pico, áspera, recubierta de geométricas cristalizaciones de cobalto. Pérez tiró una piedrita y no escuchó tocar fondo. Era un cono dantesco, sin una luz, el abismo de los abismos. Juan Pérez se

había dormido sobre el corazón y comenzó a agitarle un sueño epiléptico. Le pareció que entraba en coma. Sus tres cofrades recubiertos con pieles de sátiros, cuernos enrulados y pezuñas bifurcadas, danzaban en torno a él, sin tocar el suelo y con frenesí diabólico. Por momentos, los tres grandes arrebatados de vértigos *circunvolutivo* (esta fué la palabra del diccionario que más le gustó a Pérez) parecían los anillos de Saturno. Juan Pérez semi-inconsciente y aterrado, dijo para sus adentros: "sálvese quien pueda" y se arrojó al abismo.

Como los Coribantes de Cibeles (Pérez no olvidaba ni en ésas al diccionario) en sus frenéticas orgías creían escuchar el sonido de las flautas sagradas que precedían el cortejo de la diosa; así Juan Pérez, mientras rodaba de abismo en abismo oía las mágicas palabras que tartamudeó sonámbulo: "Vil, si te kapujio y hay juna". Hasta que por fin se encontró sentado sobre una montaña de gazas y de ensortijados bellones. Y allí fué lo espeluznante. Estaba en los fondos del Tártaro (esta palabra le gustó mucho a Pérez), lejos del mundanal ruido.

Entonces vió una luz rojiza lejos, iluminando siniestramente un espectral subterráneo. Recordó tamblando de miedo, que desde que llegó al gobierno no había rezado al levantarse, a pesar de los encargos que le hiciera su abuela. Y apresuró el rezo de los padrenuestros atrasados, unidos a los mandamientos que desde chico le habían enseñado como una doxología complementaria.

La brasa rojiza ponía de relieve el encaje de ectalactitas que recubrían las paredes subterráneas, dando impresión de infierno. Por momentos, las piedras y cristalizaciones arrojaban policromías de reflejos. Vió entonces que estaba en un hall, al que confluían multitud de túneles y advirtió que tras el látigo igneo de la antorcha, dos tipos avanzaban hacia él.

Juan Pérez hizo un esfuerzo gigantesco. Quiso identificar sus piernas y le parecieron de goma. Trató de frotar sus manos y no experimentó presión ninguna. La cabeza la sintió como estopa. Sólo un enorme peso le gravitaba en el vientre, a pesar de que hacía rato que no escuchaba el lema fatal: "Vilcapujio y Ayohuma". El pobre ente invocó a las ánimas con ansiedad mística.

Se combó sobre sí mismo para hacer el último y macroscópico esfuerzo. El recuadro era magro. Estaba frente al diálogo de los Demonios:

*Tépidus* — ¿Viste a Lucifer si es desgraciado?

*Carna* — No hay que hacerle caso che, está loco.

*Tépidus* — Nunca murió tanta gente. Nunca pelearon tan endeveras los cristianos. ¡Y lo que nos costó armarles la batahola!

*Carna* — ¿Y de qué se queja Luzbel? Si jamás hubo más matanza ni más gente imbécil en la tierra. ¡Y lo que se traicionan y corrompen allá arriba!

*Tépidus* — Y el tipo nos dijo que éramos papanatas, que no sabíamos tentar, que nadie se condenaba. Y esta madrugada juntó al infierno en pleno. Estaba furioso, parecía catcher enloquecido. Nos dijo maricones. Añadió que apenas se condenaban algún niño, alguna vieja y algunos curas. Gritó como energúmeno, que nunca había andado peor el negocio y nos dijo que nos iba a echar por inservibles. Colacito, que es un diablo vivísimo, se le acercó mansito:

—Vea Don Luzbel, no se condena nadie porque Dios dijo que iba a salvar a los jumentos y en el mundo no hay otra cosa. Créame don Mandinga, los hombres de ahora hacen lo que les da la gana y no se dan cuenta. Probemos, si le parece, yo le propongo nomás: sería cuestión de que los chicos aprendan catecismo en las escuelas. Porque eso del laicismo, usted ve, resultó una macana, fué pa pior. Cuando se mueren ahora, dicen en el juicio que "no sabían, que nadie les había dicho nada" y por puro idiotas se los lleva Dios.

Dijo Colacito; y Mandinga Lucifer le contestó moviendo la cola y bigoteándose un cuerno:

—Tenés razón, Colacito, tenés razón. ¡Oigan, muchachos! El que se meta de ustedes contra la enseñanza de los curas se las verá conmigo. ¡Juna! Hay que sembrar remordimientos, aflojar piola y que aprendan nomás catecismo mientras en el cine aprendan también prostitución —dijo Juan Pérez, y saltó de la cama al baño para no llegar tan tarde a la oficina.

Versión directa del "Iala" por

*Lucien Fontenay*

